

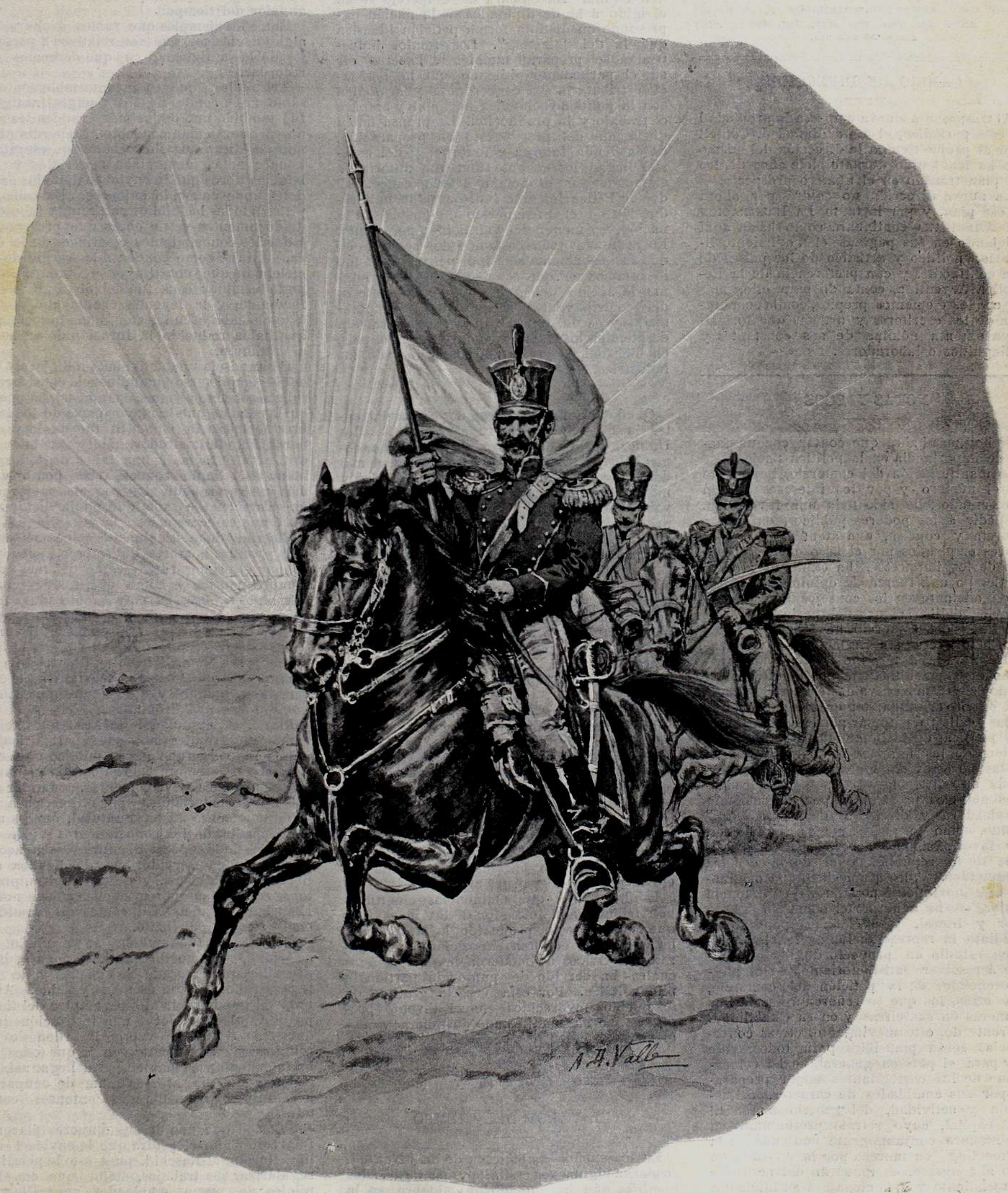
La Ilustración Sud-Americana

PERIÓDICO ILUSTRADO DE LAS REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

AÑO VII

BUENOS AIRES, JULIO 1º DE 1899

Nº 157



EN MARCHA A LA VICTORIA — COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE A. DELLA VALLE

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA

PERIÓDICO ILUSTRADO

DE LAS

REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

FUNDADO EN 1892

EL MAS PERFECTO EN TODO SUD-AMÉRICA

APARECE LOS DIAS 1.º Y 16 DE CADA MES

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

CAPITAL:

INTERIOR:

Año.....	\$ m/n. 18.—	✕	Año.....	\$ m/n. 50.—
Semestre.....	9.—		Semestre.....	10.—
Trimestre.....	5.—		Trimestre.....	5.50

EXTERIOR: Año..... \$ oro 10.—

Número suelto: \$ 1.25 m/n. ✕ Número atrasado: \$ 1.50 m/n.

TOMOS ENCUADERNADOS

AÑOS 1893, 1894, 1895, 1896, 1897, 1898
\$ m. n. 30 cada uno.

CAMBIO DE DIRECCION

Al traspasar a nueva empresa la propiedad de este periódico, el señor Rafael J. Contell deja al propio tiempo la dirección del mismo que ha mantenido durante siete años dentro del plan trazado en el número prospecto.

La nueva dirección no saldrá por ahora de ese plan, y por lo tanto LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA continuará como hasta aquí reflejando en sus páginas el movimiento literario, político y artístico de los países de este continente, y con preferencia de la República Argentina, contando para ello, más que con los elementos propios, con la cooperación de los escritores y artistas que forman la ya extensa nómina de sus constantes y distinguidos colaboradores.

NOTAS Y ECOS

De hoy más habrá que contar con un factor de importancia en la política nacional.

La manifestación del comercio, imponente por el número y por los intereses en ella representados, ha sido toda una revelación. Al pedir a los poderes públicos, en forma concreta y concisa, una atenuación de los rigores empleados por el fisco en la percepción de los impuestos, ha exhibido al propio tiempo una fuerza de opinión que pesará en adelante en los consejos de gobierno y en las deliberaciones del parlamento. El "meeting" del comercio ha sido el primer paso, la primera manifestación de vida militante llevada a término feliz por un organismo de suma influencia por lo que por sí mismo significa y vale, encerrado hasta aquí en su crisálida, temeroso de exhibirse en las calles, de tomar participación en la cosa pública, de insinuar su opinión en la gestión de las finanzas nacionales, como si a estas no estuviera tan estrechamente vinculada su existencia. La petición a los poderes públicos presentada por la comisión organizadora y directora del "meeting," ha sido, como no podía menos de suceder, muy favorablemente acogida por el presidente de la república y el de la cámara de diputados. A los propósitos que originaron este movimiento popular y de influencia positiva, se ha adherido el comercio del interior y litoral, y a él ha respondido de inmediato la representación nacional tomando en estudio un proyecto de ley encaminado a resolver satisfactoriamente los puntos esenciales de la petición del comercio, entre otros, los que se refieren a las tarifas aduaneras en sus cifras y en su estabilidad. Al frente de este movimiento, cuyas consecuencias serán plausibles para todos, vale decir para el país en general, se ha colocado uno de los comerciantes mejor preparados por sus cualidades de carácter, su ilustración y actividad, del gremio mercantil de la capital, cuyo retrato presentamos en este número conjuntamente con una vista del "meeting" en marcha por la Avenida de Mayo al congreso, en recuerdo del plausible acontecimiento y en homenaje a su iniciador, hijo de Buenos Aires.

La comisión parlamentaria de investigación judicial ha terminado sus tareas en el juzgado federal de La Plata y presentado a la consideración de la cámara de diputados, con el sumario laborioso y minuciosamente formado, acta de acusación contra el funcionario encargado de administrar justicia en tan importante sección de la república. Once cargos, a cual más grave, formula al final de su larga exposición la comisión "ad hoc" de la cámara popular, afianzados en una documentación que arroja casi la plena prueba de cada uno de ellos, y justifica, por lo tanto, el juicio político del acusado ante el senado de la nación, tribunal instituido por la constitución para el juzgamiento de los magistrados.

Las cuestiones económicas están a la orden del día. La Cámara de Comercio se ha dirigido a la de diputados de la nación expresando en distinta forma petición idéntica que la del "meeting". Los gremios industriales se preparan también a hacerse oír en el parlamento pidiendo que la legislación tributaria sea concordante y armónica con la política económica nacional y ampare el trabajo y la producción. La prensa habla día a día del presupuesto en preparación, de la deuda interna y externa; y del exterior llegan los ecos de una voz autorizada clamando por economías a todo trance. El doctor Pellegrini cree indispensable una reducción en el presupuesto de gastos de la nación, no menor del veinticinco por ciento. En el fondo todos estamos de acuerdo en que las economías son indispensables, como lo estamos en que es necesario mancomunar la acción del gobierno con el interés del contribuyente. El problema está planteado y es de esperar que se resuelva, sin desatender los fuertes compromisos del país, en bien del progreso, del comercio y de las industrias.

Quedó terminado el tratado comercial entre la República Argentina y los Estados Unidos, por el cual estos obtienen concesiones sobre el impuesto de importación a maderas, aceites, frutas, conservas, muebles y manufacturas, a cambio de una rebaja de veinte por ciento en la importación de lanas y azúcares argentinos en aquella nación. Los cueros vacunos, cuyo principal mercado son ahora el de los Estados Unidos, gozarán asimismo de un veinte por ciento de rebaja a su importación en la república del norte. El convenio ha sido firmado "ad referendum" entre la cancillería argentina y el ministro norteamericano señor Buchanan, de acuerdo con las bases presentadas por el ministro de Agricultura y comercio, doctor Frers.

De Italia llega un eco interesante para el mundo científico. Como, la ciudad italiana cuna de Alejandro Volta, ha celebrado el centenario de uno de los sucesos que se marcan con sello de inmortalidad en la historia de los progresos humanos: el descubrimiento que el ilustre físico realizó en 1799 de la pila generadora de electricidad que lleva su nombre. En las fiestas en honor del sabio italiano ha tenido representación el cuerpo de telegrafistas argentinos.

El homenaje que eminencias científicas han tributado al iniciador de las maravillas que en el siglo ha producido la electricidad ha coincidido con una exposición de los aparatos eléctricos de moderna invención, a los cuales ha servido de punto de partida la pila voltaica. Por esta vez, la gratitud de los pueblos favorecidos con el invento prodigioso, se ha manifestado justiciera y noblemente.

B. M.



EL VALOR DEL TIEMPO

En los sueños ambiciosos de la juventud, se piensa alguna vez en imitar, más tarde, a los hombres que han dejado un nombre en la historia, a los hombres célebres, cuyos traba-

jos y cuyas obras han provocado nuestra admiración y excitado nuestro celo.

Se desea ejecutar, como ellos, obras hermosas y grandes trabajos, para hacerse útil a la humanidad, con el objeto de dejar, como ellos también, un nombre célebre, cuyo recuerdo sobreviva al olvido común y esté siempre vivo y siempre respetado.

Y estos son pensamientos sanos y útiles.

Pero cuando se estudia la vida de esos grandes hombres, se ve que generalmente han adquirido celebridad gracias a un trabajo asiduo y continuado, cuando ya sus nombres eran muy conocidos y habían llegado a la gloria, a la fortuna y al *summum* del poder.

Si se ambiciona su gloria, y aun si se tienen pretensiones modestas, es muy útil estar prevenido contra esa necesidad del trabajo, y es bueno saber cómo trabajaban esos grandes hombres y ver que importancia le atribuían al valor del tiempo.

Entre los ejemplos que vamos a citar, hay algunos clásicos, que son relativos a personajes de la antigüedad y que creemos útil recordar.

Aristóteles, que es incontestablemente el sabio más grande de los tiempos antiguos, fué también uno de los más grandes trabajadores que se han conocido. No perdía ni un minuto, dicen sus historiadores; estudiaba, tomaba notas, acumulaba materiales y releía los libros que le enviaban de todas partes del mundo conocido entonces. Enviaba copistas a todas las bibliotecas; reunía montones de documentos y de obras que presentaban todos los conocimientos científicos de la época. Así fué como condensó la especie de enciclopedia que constituye su obra. Pero si pudo terminar ésta, fué debido a un trabajo incesante; y la leyenda cuenta que dictaba o escuchaba a un lector cuando comía, y que había reducido la duración de su sueño al minimum.

César poseía una actividad prodigiosa; a ella debió conquistarse una influencia considerable sobre sus compatriotas, cuando estaba apenas en la edad en que la mayor parte de los hombres se busca la vida. Si fué un gran general, un administrador hábil y un buen escritor, fué gracias a una labor de todos los instantes. Nadie conocía más hombres ni más cosas, ni nadie los conocía mejor que él. También se sabe que podía dictar cartas a cuatro secretarios a la vez.

Cicerón debe igualmente colocarse entre esos grandes hombres de trabajo, pues supo ocupar el primer rango como tribuno; como hombre político y como escritor, es considerable su obra. Es muy sabido que para economizar tiempo, dictaba a sus secretarios, y éstos estenografiaban no sólo sus discursos y sus alegatos, sino también sus obras, sus cartas y sus notas. Tirón, su liberto, inventó con tal objeto un sistema abreviativo que conserva su nombre y que se designa con el nombre de notas tironianas.

Plinio, el continuador de Aristóteles, tenía, como éste, grandes aptitudes para trabajar; aun cuando era funcionario público y desempeñaba con bastante celo su cargo, encontraba tiempo para leer, comentar, acumular notas, reunir materiales, y, por último, para escribir su célebre historia natural, que es una enciclopedia de los conocimientos ó de las creencias de la época. Siempre estaba acompañado de un servidor que le llevaba sus libros y sus tabletas, y de un copista, pronto a recoger sus observaciones y sus notas. Escuchaba ó dictaba durante sus comidas, en litera y en el baño.

Carlomagno fué también un prodigio de actividad, como hombre militar, como administrador, protector de las ciencias y de las letras, fundador de escuelas y sabio. Atribuía tal importancia al buen empleo del tiempo, que quiso establecer una institución modelo en ese sentido, y creó la orden de los religiosos de San Benito, en la que todos los minutos tenían su empleo, para llegar así, en el curso del día, al maximum de ocupaciones útiles ó consideradas entonces como tales.

Se sabe que uno de sus mayores placeres fué recibir una clepsidra que le envió el califa Haroun-al-Raschid, pues esto le permitió regularizar sus trabajos, mejor que con los relojes de arena empleados generalmente entonces para medir el tiempo.

Alfredo el Grande, rey de Inglaterra, merece mencionarse por la rigurosa división de sus ocupaciones diarias. Repartía su día en tres partes iguales: una dedicada a la administración y al gobierno, otra a la lectura y a los estudios personales, y la tercera al sueño, a las comidas y a los ejercicios del cuerpo. Los relojes eran tan raros en aquella época (872-900), que para medir las dieciséis horas de la vigilia, empleaba cuatro cirios, de los cuales cada uno duraba cuatro horas, y cuando estaban próximos a extinguirse, un paje iba a advertirselo.

Enrique VI y Sully fueron también dos modelos de actividad: Sully, especialmente, había arreglado sus ocupaciones de manera que pudiera dedicar a cada una de ellas un número determinado de horas, y si alguna causa fortuita le hacía interrumpir esa organización, por la noche recuperaba el tiempo dedicado a ella.

El gran Federico de Prusia, fué célebre por su energía. Todos los días trabajaba sin descansar; levantábase a las cuatro de la mañana, y ordenaba que, para despertarle, le echasen al rostro un lienzo empapado en agua fría. No perdía un instante, y a esa labor diaria se debió, según él, el engrandecimiento de su reino.

Boerhave, el célebre médico, pretendía deber su ciencia sólo a la buena distribución que hacía de su tiempo. Así fué como adquirió una reputación tal que le llegó una carta fechada en América, y en cuyo sobre sólo se leía: «Monsieur Boerhave en Europe».

El historiador inglés Thompson cuenta que habiendo observado que su mujer le llamaba siempre cinco minutos antes de comer, instaló un escritorio en su comedor y allí trabajaba para utilizar esos minutos. Así, pues, al cabo de pocos años esos minutos acumulados le permitieron escribir una extensa obra: una historia de Inglaterra en doce tomos.

El mismo hecho se atribuye al canciller d'Aguesseau, que escribió una importante obra en su comedor, trabajando allí durante algunos instantes antes de comer.

La señora de Genlis compuso varias obras de educación y de cuentos morales, durante los momentos de espera en la sala de un noble joven a quien daba lecciones.

Cuvier fué también un ejemplo de los resultados que pueden dar una gran actividad y la utilización del tiempo llevada al extremo, es decir, un trabajo constante. En coche, en la mesa, en el baño y en el consejo, en todas partes leía, anotaba y escribía. En su casa veíase una organización de trabajo muy completa; por doquiera mesas, escritorios y libros abiertos. Así, pues, la continuación del trabajo comenzado no le exigía, en manera alguna, preparación ni pérdida alguna de tiempo.

Incontestablemente, los dos trabajadores mas grandes del siglo XVIII fueron Buffon y Voltaire. Buffon, célebre naturalista y escritor, trabajaba catorce horas diarias. Todos los días su criado le despertaba a la cinco de la mañana, y la orden era terminante: si el dormilón se resistía a levantarse, José tiraba del colchón y echaba a su amo al suelo. «A la energía de mi buen José debo diez tomos más de mis obras», decía Buffon al fin de su carrera. También Voltaire trabajaba mucho y con regularidad. En Ferney, por ejemplo, cualquiera que fuese el número de sus invitados y de sus comensales, encerrábase desde por la mañana en su gabinete de trabajo, salía al medio día para tomar una ligera comida, trabajaba todavía algunas horas por la tarde, y solo ya entrada la noche es consagraba a sus invitados.

El doctor Mosin Good, autor de una célebre traducción del poeta latino Lucrecio, pudo hacer tan importante trabajo en sus momentos perdidos, sobre todo en coche, cuando iba a visitar a sus enfermos.

El gran Carnot y Napoleón I deben también citarse entre los trabajadores obstinados. Si la victoria les fué favorable, se debió a una labor incansable y bien organizada.

Entre los más modernos podemos citar como grandes trabajadores a Thiers, a Castelar, a Luis Blanc y a Edgard Quinet, y entre los literatos a Alejandro Dumas, padre.

En un relato de viajes, Dumas dice «¡Oh! ¡qué cosa tan buena y admirable es el trabajo, cuando ha estado uno violentamente se-

parado de él por dos ó tres meses de locomoción! He sufrido muchas privaciones en mis viajes; me ha llegado a faltar á veces hasta el pan; pero la privación más difícil que he tenido que soportar ha sido la del trabajo.»

El naturalista inglés Darwin era un trabajador infatigable, y es enorme la cantidad de observaciones recogidas por él. Durante sus viajes, y aun falto de comodidades, encontraba tiempo y manera, no sólo de tomar notas, sino de escribir obras.

Por último ha habido pocos hombres que hayan dedicado en vida tal suma de tiempo al trabajo como Victor Hugo. Victor Hugo se limitaba a un trabajo cotidiano y regular de seis horas de producción intelectual. Siempre madrugador, aislábase en su gabinete de trabajo, y allí, orientándose entre los materiales acumulados, escribía con caracteres grandes y firmes, conocidos por todo el mundo, la obra emprendida. Por la tarde leía y trabajaba; pero sólo por gusto, según decía, y gracias a esa labor regular de seis horas diarias, continuada durante más de sesenta años, y que hace un total de 131.000 horas de producción intelectual, Victor Hugo pudo crear una obra tan considerable como la que ha dejado.

Agustin Thierry cuenta en sus Memorias á qué trabajo tuvo que someterse para acabar su gran historia de Francia. El pasaje siguiente es característico: «El catálogo, dice, de libros que debía yo de leer y extraer era enorme, y como sólo disponía de pocos, necesitaba ir á buscar los otros á las bibliotecas públicas. En lo más rudo del invierno me vi obligado á tener que hacer largas estaciones en las galerías glaciales de la calle Richelieu, y más tarde, bajo el sol del verano, corría el mismo día desde Santa Genoveva al Arsenal y del Arsenal al Instituto, cuya biblioteca por un favor especial, me dejaban abierta hasta las cinco. Á fuerza de devorar largas páginas infolio, para extraer una frase y á veces una palabra entre mil, mis ojos adquirieron una facultad que me admiró, y de la que me es imposible darme cuenta, y fué: *la de leer de cierta manera, como por intuición, y de encontrar inmediatamente el pasaje que me interesaba.* La fuerza vital parecía concentrarse en un sólo punto. En la especie de *éxtasis* que me absorbía interiormente, mientras mi mano hojeaba un volumen ó tomaba notas, no tenía yo conciencia de lo que pasaba en mi alrededor. La mesa en que yo trabajaba llenábase de trabajadores; los empleados de la biblioteca ó los curiosos iban y venían; yo no veía ni escuchaba nada más que las apariciones evocadas de lo que leía... Llegué al fin de mi trabajo, en la primavera de 1825, después de cuatro años y medio de esfuerzos sin descanso. El éxito que obtuve pasó de lo que yo esperaba; pero esta alegría, por grande que fuese, tuvo una triste compensación: perder la vista.»

Si hemos dado esta larga lista, ha sido para demostrar la importancia que los hombres célebres de todas épocas han dado al tiempo y con el fin de indicar el trabajo á que se han dedicado voluntariamente; y, en fin, demostrar que la gloria y el éxito se adquieren y se compran á fuerza de labor asidua y de energía constante.

G. DAUBES



LOS NIÑOS ACTORES

Yo los he visto, aquí, mucho en el interior. Y de las muchas cosas tristes que he visto en la vida, acaso sea ésta una de las más tristes,—de las que más me han obsesionado.

La más innoble de las explotaciones es la explotación del niño. La corrupción comienza á devorarlos en esa edad en que todavía se ignora todo lo de la vida, excepto la parte sonriente. Ellos la ignoran. Como frutos madurados á golpes y fuera de la rama, hay actitud hasta en sus gestos vagos—gestos que apenas esbozan el ser. Las blasfemias vuelan de sus labios como mariposas negras y hay rencores por preferencias de papeles como en las compañías de cómicos de la legua... ó de eminencias. Algunos llevan microscópicos re-

vólvers colgados al cinto, sin que nadie sonría asombrado ante esos actores de siete, nueve y once años.

Todos llevan algo de sombrío, de irreparable, marcado en la cara que los coloretes del teatro—el rojo de carmin, el negro de antimonio, el menjurge de albayalde—comienzan á cuartear.

La escena para ellos es un veneno sutil, un ácido corrosivo que lentamente les mina. Las funciones que se prolongan hasta hora avanzada de la noche, la falta de sueño, la ausencia de ejercicio, la carencia de besos—que los padres preocupados por sus negocios, los suprimen por inútiles—todo hace de esas falanges desgraciadas los pequeños torturados de la vida moderna.

Y sin esperanza de logro alguno para más tarde. Casi todos mueren. Una hada negra—la tuberculosis—les acecha al comienzo de la adolescencia. Son los niños precoces de que habla Shakespeare, cuando afirma que mueren temprano.

Basta verlos en los ensayos, á la penumbra envenenadora del sofocante escenario, nido de microbios en todas las ciudades del mundo. El olor de pintura, atravesado por relentes de gas en una atmósfera enrarecida, el polvo que cae eternamente de los telares y flota sobre las gentes como una gasa malsana,—la falta de sol y aire y el estrecho espacio en que se mueven—mejor dicho en que no se mueven—porque una disciplina á la prusiana, suprime las risas si no están marcadas en el papel que ensayan—obran sobre esos cuerpecitos señalados casi todos para la consunción.

Yo los he visto ensayar y los he contemplado larga y melancólicamente.

Casi todos tísicos, de caras color de momia donde la chispa obscura de los ojillos vivisimos, parecían, redondas y brillantes, cabecitas de clavos negros. Mas que niños hechos de carne de madre amantísima, parecían fantoches de Karagheuz arrojados sobre una mesa para distracción de un verdugo loco.

Los sexos se confundían, accionando, gesticulando, cantando, desentonando, chillando ó armonizándose. Pero en unos para otros una indiferencia donde á veces pasaban miradas cargadas de odios. Ah! el rencor de un niño azuzado por envidias de teatro... ¿Se comprende tanta fría crueldad en los que los arrastran á eso?

Poco se hablan unos á otros. En ninguno de ellos he visto el deseo alegre de los labios hacia los labios que son como los abocetamientos angelicales de la infancia. Se critican entre sí como actores. ¡Ay del (ó la) que roce al paso con su traje el de la primera tiple, muñequita de cinco años penetrada ya de su misión, Patti en miniatura, Theo en capullo, que no desplegará al sol del renombre su ya marchita corola de cinco á seis raquíticas hojas!

Ninguno se logra. Ese lento suplicio los acaba poco á poco. Viven en un estado de neurótico completo, en una perpétua catalepsia del espíritu, llevando marcado en los labios el pliegue aterrador del sufrimiento prematuro.

En vano se ha protestado contra esa sombría inmoralidad; en vano figuras salientes en las ciencias han hecho oír su voz autorizada señalando y llamando la atención acerca de esos lentos asesinatos que la codicia lleva á cabo. Sus voces han resonado en el vacío. Los actores niños son hijos del pueblo. Y el pueblo es muy pobre. Hay medio de ganar cien ó ciento cincuenta pesos estrangulando pacientemente á un hijo que apenas habla, y lo estrangulan.

Pero ¡ay! es la eterna historia de la gallina de los huevos de oro!

Y cuando veo pasar ante mis ojos alguna prometida en pocos meses á la tumba—como la inolvidable Colás, matada por la tisis en un pueblucho de la provincia de Buenos Aires—brumas de pena humedecen mis ojos! Ante un niño-actor, (ante un mártir actor) ejemplo de corrupción de las sociedades modernas, aunque sonría, aunque los tintes purpúreos de la vida toquen sus labios y pinten su frente, mi frase de tristeza es siempre la misma:

«¡Paz á sus restos!»

Es que mi alma, hermana del infortunio ageno, los adivina...

Y ¡ay! rara vez se equivoca!...

MARCO DENA

MARCO M. DE AVELLANEDA

El retrato que publicamos, del que fué elocuente tribuno y héroe martir de las libertades argentinas, es reproducción de una artística miniatura, que tiene historia, según lo refiere uno de los biógrafos del doctor Marco M. de Avellaneda—«Un día, de mañana, en la época de la fiebre amarilla, el entonces Ministro de Justicia, C. é Instrucción Pública, Dr. Nicolás Avellaneda, encontrándose en cama, se vé obligado á recibir una visita, que se anunciaba con toda urgencia. El visitante permaneciendo de pie, lo saluda y le dice: Señor, mi hermana, que acaba de morir, me ha encargado ponga en sus manos este paquetito, y yo, creyéndolo de interés para Vd., me he apresurado á cumplir sus disposiciones.

El paquetito contenía unos versos, dos pares de guantes y un retrato en miniatura. Todo perteneciente al joven Marco M. de Avellaneda, muerto en Metán en el año de 1841. Esta mujer había sido la novia de sus primeros años, el objeto de los ensueños felices de su adolescencia. Y ella se conservó fiel hasta el último instante y solo la muerte pudo arrebatárle esas prendas queridas de su bien amado!

Para ilustrar esta anécdota, podemos agregar que hasta entonces la familia no tenía ningún retrato de su glorioso antecesor.

El retrato es debido á D. Carlos Pellegrini, ingeniero llamado de Europa por Rivadavia, que ocupaba en ese arte, sus ocios involuntarios, durante la tiranía.»

El Dr. Marco M. de Avellaneda era hijo del Dr. Nicolás de Avellaneda y Tula, primer gobernador constitucional de Catamarca, miembro de la memorable asamblea del año 13, diputado en el Congreso de 1826, amigo decidido de Rivadavia y figura conspicua del partido unitario; y fué el padre del Presidente Avellaneda, que representa en las alturas del poder el triunfo espléndido del talento en días difíciles, de verdaderas inquietudes patrióticas para la Nación Argentina. Nacido en Tucumán, cuando esa provincia y la de Catamarca formaban un solo Estado, hace sus estudios en la Universidad de Buenos Aires, mereciendo, como su amigo y comprovinciano Alberdi, una de las becas instituidas por Rivadavia para costear la enseñanza superior de los jóvenes del interior, que se distinguieran por sus brillantes aptitudes y franca vocación para los nobles quehaceres de la inteligencia. Se graduó de doctor en leyes á los veinte años de edad, redacta *El Amigo del Pueblo*, periódico de valiente oposición á Rosas, asiste á las entusiastas y juveniles asambleas de la *Asociación de Mayo*, en donde se hace llamar por sus compañeros de causa, Marco Tulio, «porque Dios le había dado el doble don del corazón conmovido y de la palabra que trasmite sus palpitaciones.» Regresa á Tucumán en 1839, y el destino le da solamente dos años de vida pública, pero le son bastantes para hacerla inmortal en las tradiciones del patriotismo argentino.

Su palabra se hace escuchar en todos los pueblos del interior de la República, los estimula para dar la gran batalla, los prepara para la resistencia, y en la hora más sombría, más trágica de la dominación de Rosas funda la *Coalición del Norte*, que es un reto formidable que intimida al tirano, porque ahogado sabe que ese grito de protesta no podrá ser sino derramando sangre, hasta llegar á fatigar al verdugo.

El Dr. Ernesto Quesada, en sus últimas escursiones por nuestros viejos archivos, que se señalan por la sinceridad de la información y gallardías del estilo, nos acaba de revelar una faz nueva del talento de Avellaneda, publicando los mensajes y proyectos de ley, que como jefe de la coalición presentó al Con-



AMPLIACIÓN DE UNA MINIATURA DE LA ÉPOCA, POR WITCOMB

greso de Delegados de la Liga del Norte, en los que pone de relieve sus altas condiciones de estadista y su rara preparación para el gobierno político. Entre esos proyectos, hay uno creando un Banco Hipotecario para dar movilidad á los valores territoriales y despertar el interés de las transacciones comerciales y aparece también otro, reglamentando hábil y prudentemente la percepción de impuestos y derechos fiscales, para organizar la resistencia militar contra Rosas. Si se recuerda que esas iniciativas se concebían en un pueblo del interior de la República, en pleno año 40, de escasas comunicaciones intelectuales con los centros europeos, la sorpresa que nos produce su lectura se transforma en verdadera admiración.

Derrotado Lavalle, Avellaneda es el último en retirarse del campo de batalla; pero traicionado por Sandoval, es pronto prisionero de guerra del general oriental Oribe.

La suerte que corrió Avellaneda en sus manos, lo dice el mismo Oribe en su parte á Rosas: «le mandé cortar la cabeza que será colocada á la espectación de los habitantes en la plaza pública de la ciudad de Tucumán.»

Se la clavó en una larga pica,—dice Paul Groussac, en su hermoso estudio histórico del Tucumán,—en el punto central de la plaza para horrorizar á los ciudadanos. Durante muchos días permaneció allí con centinela la noble cabeza, de frente enérgica y pensadora, ludibrio hoy de la soldadesca ebria.... Pero una noche desapareció. Apesar de los peligros y de las amenazas, continúa relatando Groussac, una mujer piadosa imitó á las santas diaconisas de los primeros siglos, que en medio de las tinieblas subían la escalera de las Gemonias y arrancaban de los ganchos ensangrentados una cabeza de martir cristiano, llevándola furtivamente á las catacumbas. Gracias á ella la cabeza del Dr. Avellaneda fué secretamente inhumada en la Capilla de Jesús, y á la vuelta del destierro supieron los hijos de la víctima en qué punto se debían arrodillar.

Las proclamas del mártir de Metán no se han olvidado. Recogidas por la memoria emocionada de sus contemporáneos, han venido trasmitiéndose de generación en generación. Se las hemos oído á D. Emilio Castro y las

repite hoy todavía D. Pedro Agote, con todo ese calor y esa vida que sabe dar á su palabra este noble y respetado anciano

Una de esas proclamas es la siguiente: Está vaciada en el molde imperecedero de las grandes arengas populares y ha podido decirse con verdad que jamás de un corazón heroico subió á un labio humano una exhortación más elocuente:

«Soldados! Estaba en Salta: escuché allí el clarín con que la heroica Tucumán convocaba á sus guerreros y he corrido para participar de sus peligros, para cumplir mi juramento de perecer combatiendo por la gloria de mi patria y la libertad de la República. Yo cumpliré mi juramento. Los bárbaros no dominarán á Tucumán, sino después de haber pisoteado mi cadáver!!

«Soldados! Nos alumbró el sol de Setiembre, el mismo sol que brillaba sobre nuestras armas, cuando pusisteis á vuestras plantas el trono de España. Ahora como entonces un tirano odioso pretende dominarnos y manda sus siervos para robar nuestras propiedades, para deshonestar nuestras esposas, para degollar nuestros hijos, para incendiar á Tucumán, para hacer en fin de nuestra provincia un horrible teatro de los más bárbaros crímenes. Lo sufriréis? ¡Qué! No sois ya la generación atrevida del año doce? Podríais resignaros con la infamia,—habeis nacido para ser esclavos? No! No! Vosotros lidiareis como hombres

libres y la heroica Tucumán será otra vez la tierra sagrada de la libertad, la tumba de los tiranos!!

«Tucumanos! Os respondo de la victoria.

«¿Quién podrá vencernos si vamos á combatir entre los sepulcros de nuestros padres y la cuna de nuestros hijos?

«Soldados! El ilustre caudillo de la revolución argentina (Lavalle), el brazo más poderoso que haya jamás armado en su defensa, corre ya á ponerse á vuestra cabeza para presidiros en el combate; lo acompañan muchos de esos veteranos que os enseñaron á triunfar el año doce.

«¿Qué podeis temer?

«Soldados! O vencer ó morir...!

«Es la ocasión.

Marco M. de Avellaneda.

Tucumán, Setiembre de 1841.»

Dies y seis años después, en el Senado de Buenos Aires, refería la tragedia de Metán D. Félix Frias, con acento todavía conmovido y estremecida á su auditorio cuando decía: Yo no veo aquí á los Diputados de Tucumán que pudieran contarnos como murió Avellaneda, cuando, al sentir cortada lentamente su cabeza por la mano del verdugo, que probaba su coraje, la levantó con sublime indignación y exclamó: Acabe Vd., pues!

Esteban Echeverría le dedica á Avellaneda su «Dogma Socialista de Mayo». Oh! Avellaneda, le dice, primogénito de la gloria entre la generación de tu tiempo; tus verdugos, al clavar en la picota de infamia tu cabeza sublime, no imaginaron que la levantaban más alta que ninguna de las que cayeron por la patria. No pensaron que desde allí hablaría á las generaciones futuras del Plata, porque la tradición contará de padres á hijos que la oyeran desfigurada y sangrienta articular: libertad, fraternidad, igualdad, con voz que horripilaba á los tiranos.

El mismo Echeverría, en 1849, consagra después el más inspirado y el más popular de sus poemas, á cantar el martirio, la heroica empresa y la gloria de Avellaneda. El poema «Avellaneda», de Echeverría, ha sido traducido al francés y al italiano, y según las críticas de Juan M. Gutierrez y Pedro Goyena, hay en él acentos varoniles, anatemas de santa indignación, arrebatos de entusiasmo, tan sin-

ceros que no han podido ser inspirados sino por la musa misma de la patria.

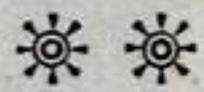
Del canto I, tomamos el pasaje en que describe a Avellaneda. El poeta se oculta para dar lugar al retratista:

Su estatura arrogante, aunque pequeña
En los grandes concursos se discha
Por el rostro lampiño y la ancha frente,
El ojo grande y la mirada ardiente;
El arco de su pecho fortaleza
Revela varonil y su cabeza
Poblada de cabellos renegridos,
Honda penetración y pensamientos
Que en tumulto se agitan combatidos
Por choque de contrarios elementos;
Su nariz aguileña el aire aspira
Con anhelo ardor, mientras su labio
Grueso, elocuencia y persuasión respira
Cuando sereno y grave en el asoma
Solo el consejo y la razón del sabio
O de negocios arduos el idioma.
Tal es Avellaneda, alma potente
De la liga del Norte, a cuyo impulso
Los gefes se conmueven, obediente,
Entusiasta, convulso,
De Catamarca el pueblo y el Riojano
El de Salta y Jujuy y el Tucumano
Hierve, corre y armado se levanta
Para lidiar con él en la guerra santa.
.....
Avellaneda es su alma, su pensamiento vivo
Su patriotismo puro, su santa inspiración:
Su genio reconcentra la aspiración de Patria
Los dogmas y esperanzas de una generación.
.....

El dulce ruiñeñor de los Consuelos, sabe también dar á sus estrofas aladas el vuelo clásico y la vibrante entonación de los poemas épicos. El poema «Avellaneda» es digno del héroe y será siempre su mejor monumento.

Para cerrar estas líneas, en las que no hemos querido hacer una biografía, sino deshojar piadosamente algunos recuerdos sujeridos por la publicación del retrato del ilustre mártir tucumano, transcribimos las inscripciones lapidarias que tiene el pedestal de su estatua. En el costado que da frente al Sur, dice: *Marco M. de Avellaneda, Gobernador de Tucumán, Promotor de la Liga del Norte contra Rosas, fué degollado en Metán el 3 de Octubre de 1841 por los seides del tirano, á los veinte y siete años de edad. En el costado que mira al Este: 7 de Abril de 1840, pronunciamiento solemne de Tucumán contra la tiranía de Rosas bajo la iniciativa y dirección de Marco M. de Avellaneda. En el costado que da frente al Oeste: Los bárbaros no dominarán á Tucumán sino después de haber pisoteado mi cadáver. Proclama de Setiembre de 1841.*

J. L. H.



UN HÉROE

El edificio, uno de esos enormes cuadrados en los que se aglomeran multitud de familias de obreros, ardía como un brasero inmenso. Los esfuerzos para sofocar el incendio habían sido vanos, y la lucha continuaba ante la muchedumbre que contemplaba estremecida el horrible cuadro. La mayor parte de los habitantes habían conseguido salvarse, pero se pensaba con angustia en los infelices que el fuego hubiera sorprendido. De pronto se oyó un grito, la voz de un niño, que desde una de las ventanas del cuarto piso, lamida por momentos por las llamas, lanzaba aterrado un nombre, «mi madre,» que partía las entrañas. Era el pequeño Georgy; su padre se había retardado en la taberna, y la madre después de larga espera, temiendo las angustias de la semana, si su hombre volvía sin su paga, se había resuelto á ir en su busca, después de acostar á Georgy y dejarlo dormido en la celeste quietud de sus siete años.

El ruido del incendio despertó al niño, que abrió sus grandes ojos sorprendidos. Mucho tardó en darse cuenta; corrió trémulo á la puerta, la encontró cerrada, volvió á la ventana, que consiguió abrir y el cuadro de horror que se le ofreció, le arrancó el grito de auxilio, el llamado supremo á la madre, que había sacudido el corazón de centenares de hombres.

Le veían, pero ¿cómo salvarle? Las llamas salían ya por muchas ventanas y por momentos grandes trozos de cornisa caían con estruendo.... Un hombre se avanzó, un bombero que hasta entonces había manejado con energía la manga de una bomba. Tomó una escalera articulada y á riesgo de quemarse

vivo, la aplicó contra el muro y empezó su peligrosa ascensión. Entretanto, una mujer, enloquecida por el dolor, se había abierto camino entre el gentío, y en primera fila, retorciéndose los brazos, clamaba por su hijo. Era la madre de Georgy.

El bombero continuaba subiendo lentamente, encorvado bajo el chorro de agua con que constantemente, desde abajo, envolvían su cuerpo los compañeros. Por instantes, las llamas le cubrían; se detenía un segundo, aspiraba largamente el aire y emprendía de nuevo su marcha heroica.

Así llegó hasta la ventana, saltó dentro del cuarto y tomó á Georgy entre sus brazos. El niño se apretaba á él convulso y pegaba su carita, temblorosa en su palidez, contra la ruda faz del bombero. En el momento en que éste, con Georgy en brazos se encontraba á horcajadas sobre la ventana, se oyó un estrépito; era una enorme sección de la cornisa, que desprendiéndose, tronchó la escalera en dos y la derribó. Un grito de horror se oyó entonces y millares de ojos quedaron clavados en el bombero, que se había puesto de pié en el alfeizar de la ventana, oprimiendo siempre al niño contra su pecho.

¿Qué pasó entonces en el alma de ese hombre? ¿Qué sentimiento gigante inundó ese rudo corazón y le dió la fuerza soberana del sacrificio? La muerte era inevitable; con su mano libre hizo la señal de la cruz, levantó al niño en sus brazos, arriba de su cabeza y dando una voz de alerta, se dejó caer de una altura de treinta metros.... Su cuerpo se deshizo contra las piedras y el niño, desvanecido, pero sin una contusión, cayó en brazos de la madre....

El pueblo de Nueva-York levantó una tumba á ese héroe de la caridad y ante ella, en el cementerio de Brooklyn, me he inclinado con mayor reverencia que delante de los mausoleos de los grandes triunfadores de este mundo, orgulloso de ser hombre y de poder llamar hermano al ser humilde que alentó tal corazón.

MIGUEL CANÉ



ISABEL A. DE ELORTONDO

Hacia tiempo que la virtuosa dama que en su juventud brillara en los salones de Buenos Aires con el prestigio de su belleza física y moral, vivía entregada á las prácticas de la



† ISABEL ARMSTRONG DE ELORTONDO
Fotografía de Witcomb

caridad; amiga, consejera y protectora á un tiempo de los humildes, de los desvalidos de la suerte. Su munificencia, que parecía sin límites, irradiaba en las comarcas más alejadas de la gran capital, en el Chaco, en la Patagonia, en la Tierra del Fuego, pues su óbolo, por intermedio de los misioneros que recorrían los extremos de la república, contribuyó á las expediciones evangélicas que allí llevaban con el pan del alma alimentos y ropas para los indígenas. Sus pobres de la capital eran legión que en piadosa romería desfilaron ante el cadáver de la caritativa dama, y lo acompañaron á la última morada desde el palacio que tuvo para ellos abiertas sus puertas de par en par y fué alguna vez estrado de lucidas fiestas sociales, siempre hogar ejemplar.

La Sociedad de Beneficencia y otras asociaciones filantrópicas y religiosas de Buenos Aires contaron á la señora de Elortondo en el número de sus directoras y sostenedoras.

Sus relevantes méritos, su larga vida de labor incesante en beneficio de los necesitados, su influjo en la alta sociedad de la que fué honor en todo tiempo y por todos conceptos, han sido ensalzados á una en todas las esferas sociales, desde las más elevadas hasta las más humildes. Privilegio de la virtud acrisolada, que aún en nuestro fin de siglo, descreído y superficial, provoca explosiones de gratitud, de amor y de admiración.

JUSTUS



EL NAUFRAGO DE MONTE CARLO

Para LA ILUSTRACION SUD AMERICANA

Un jefe de la marina rusa, cuyo nombre he de ocultar bajo el fingido de Petrowski, mandaba no hace muchos años un crucero acorazado, y por orden de su gobierno estuvo durante varios meses cruzando el Mediterráneo.

Más bien que un lobo de mar, era Petrowski un verdadero oso de la Siberia, de gigantesca talla, barba pobladísima y roja, de formidable musculatura, fanático por el Czar y la ordenanza, muy brusco en sus maneras, pero hombre de honor, y además un valiente. Quería bien la tripulación y le obedecía á cierra ojos.

Después de visitar algunos de los más importantes puertos de España, Africa, Grecia y Turquía, puso proa á las costas italianas, tocó en Nápoles y en Malta, y fué á recalar á Génova.

De Génova á Niza hay sólo un paso, así es que dejando á cargo de su segundo el barco, apresuróse Petrowski á visitar la encantadora población francesa, animadísima á la sazón, pues corría el mes de Marzo y estaba llena de seductoras *mises*, francesas guapísimas y elegantes, italianas de ojo de fuego, y alemanas frescachonas.... ¡Buen ramillete cosmopolita!

En mala hora fué á Niza el bravo marino; él, que hacía gala de su rudeza para con el bello sexo, se encaprichó como un colegial de cierta pájara de cuenta, una parisiense más ducha en picardías que en hacer obras de caridad, y tal maña se dió ella para engatusarle que le arrancó la promesa de una entrevista en Monte Carlo, á donde dirigía su vuelo la seductora pajarita.

Regresó Petrowski á bordo, mandó levar anclas, y poco después fondeaba en la rada de Mónaco, á poca distancia del famoso casino, edificado sobre una eminencia que domina al mar.

Como es de suponer, el enamorado ruso encontró bien pronto en el casino á la francesita, que rodeada de muchos pretendientes se entregaba con pasión al juego del treinta y cuarenta.

Le recibió con una adorable sonrisa, hízole sitio á su lado, y le invitó sin más preámbulos á que arriesgase alguna cantidad, á lo cual accedió Petrowski inmediatamente.

Contra lo que parece ser regla general tratándose de individuos que nunca

han jugado, pues se dice de ellos que *debutan* siempre con gran fortuna, Petrowski perdió cuanto dinero llevaba encima.

Su mala suerte puso término á las coquetterías de la dama, que no volvió á ocuparse de él, y si de un inglés que iba amontonando oro y billetes.

—¡Mil cañonazos!—refunfuñó Petrowski levantándose.—No se dirá que Rusia ha sido vencida en esta ocasión, ni en otra alguna, por Inglaterra!... ¡Nos veremos!

Como aquellas palabras fueron pronunciadas á media voz y en lengua slava, nadie le entendió, limitándose los que le rodeaban á mirarle y sonreír, cosa que le irritó más aún.

Al día siguiente volvió á la sala de juego con la cartera bien provista, y regresó á su buque sin un franco... No he de entrar en pormenores acerca de los repetidos desastres que sufrió nuestro hombre en el tapete verde; baste decir que al cabo de ocho días dejó en el casino 70.000 rublos, es decir, cuanto era

Caballero: Si quiere usted evitar una terrible catástrofe acompañe usted al marinero que le entregará esta carta. Necesito hablar con usted inmediatamente.

El comandante,
O. Petrowski.

Dió el pliego á un marinero con orden de entregarlo en las propias manos del destinatario, y de conducir á éste á bordo.

Luego se puso á pasear sobre la toldilla, mientras fumaba un cigarro. Eran las tres de la tarde, una tarde espléndida y tranquila: el cielo azul, la mar en calma, la temperatura primaveral.

Una hora había pasado cuando vió venir el bote con el mensajero y un señor correctamente vestido; recibióle en la escala, saludáronse con gran cortesía, y cuando el recién venido, muy preocupado por la lectura de la carta, iba á formular una pregunta, le detuvo el marino con un gesto, llamó al segundo

zones en el mar de la China, ó abierto por el choque contra un escollo en medio del Océano Atlántico... El número de mis naufragios es incalculable... Pues bien, yo que me he salvado de todos ellos me avergüenzo de naufragar en Monte Carlo, y juro á usted que no he de morir sin tomar tremendas represalias.

—Pero, señor comandante...—murmuró el caballero, creyendo habérselas con un loco.

—Déjeme usted concluir: repito que he naufragado como un imbécil en Monte Carlo, y que si ustedes no me echan un cabo... ¡Monte Carlo naufragará conmigo! Ese maldito juego del treinta y cuarenta me ha hecho perder 70.000 rublos pertenecientes á mi tripulación... No me queda más recurso que pegarme un tiro, ¡ahí está ya el revolver dispuesto! Pero antes tendré el gusto de reducir á cenizas el casino.

—¡Caballero!

—Es mi *ultimatum*: ó recupero lo perdido,



BRASIL—ALREDEDORES DE RIO JANEIRO

suyo y ageno: el dinero propio y el que llevaba para satisfacer varias mensualidades á su tripulación.

Petrowski no poseía más bienes que su carrera, así es que con la pérdida de la última moneda entró la reflexión en su trastornado cerebro... ¡Se vió perdido, deshonrado, sometido á un vergonzoso proceso!... En trance tan terrible no le quedaba más que un recurso: saltarse la tapa de los sesos.

Es evidente que un hombre decidido á matarse tiene grandes ventajas sobre los que continúan conservando su amor á la vida; para él no hay leyes, ni consideraciones sociales, ni temores de ningún género, porque la humana justicia no puede ir más allá de la tumba.

Petrowski se encerró en su camarote, y empuñando un revolver aplicó el cañón á la sien derecha con admirable sangre fría; pero de pronto nació una idea en su cerebro.

Dejó el arma sobre el *secrétaire*, dispuso recado de escribir y redactó la siguiente carta al director del casino:

de á bordo, y le dijo en mal francés:

—Mande usted tocar á zafarrancho de combate... Que los cañones apunten á aquel edificio (continuó, señalando el casino), y prepárense á disparar sobre él.

A los pocos minutos todo el mundo estaba en su puesto, y mientras los artilleros cargaban las piezas, afinando la puntería al hermoso edificio sobre el que se les ordenaba hacer fuego, Petrowski se volvió hacia el caballero, que estaba como quien vé visiones, y más pálido que un muerto, y le invitó á que bajase con él al camarote.

Ya allí, le dijo el visitante con voz insegura:

—No creo, señor, que me haya hecho usted venir... para presenciar un simulacro...

—¿Un simulacro?—contestó Petrowski con mucha flemma.—¡Nada de eso! Escuche usted, caballero: yo he navegado por todos los mares del globo, y he visto más de cien veces la muerte cara á cara, ya cautivo mi barco entre los hielos polares, ya juguete de los mon-

ó hago polvo esa madriguera de viciosos... Doy á ustedes el improrrogable plazo de dos horas para resolver, bien entendido que si veo aproximarse á mi barco una lancha en la cual no venga usted mismo... ¡la echaré á pique!

Antes de que transcurrieran las dos horas levó anclas el crucero y alejóse de la rada de Mónaco, llevando el comandante sus 70.000 rublos en buen oro francés.

RAMIRO BLANCO

Madrid, Junio de 1899.



DECEPCIÓN

Él, la amaba como la realidad de un ensueño de la adolescencia, con la vehemencia y el candor del que siente el vértigo de la pasión primera. Era ella su balada de amor, su orgullo; y en su mirada, él veía el fuego del



BRASIL.—VISTA GENERAL DE LA CIUDAD Y PUERTO DE RIO JANEIRO

cariño inmenso que lo debilitaba, y vivía extasiado en la contemplación de su idolo, escuchando siempre la misma nota de amor, forjando en su imaginación ilusiones placenteras, abrigando halagüeñas esperanzas de un futuro mejor.

Sentía por ella la veneración que se profesa á la belleza, y sustentaba el ardoroso deseo de amarla con idolatría, como se ama cuando después de dar los primeros pasos por el mundo, sentimos esa fuerza irresistible en nuestro ser, esa necesidad de buscar la dulce compañera que nos consuele en las marchas agitadas por el camino de la vida. En esa edad de entusiasmos juveniles, en medio á la dulzura afectuosa que nos invade, vislumbramos el mañana lleno de triunfos porque confiamos en manifestaciones y promesas que no sabemos juzgar aún, pues sólo vemos bajo los colores prismáticos de la fantasía, la debilidad y la ternura del sexo, las maravillas del cuerpo, y el esplendor de la hermosura, y no los defectos de los ocultos sentimientos. Embebido en el éxtasis del cariño se creía feliz, y sentía deslizarse su existencia tranquilo, seguro de que sus afanes serían coronados por un lisonjero éxito, realizando así la parte esencial del programa de su vida. La adoraba creyéndola buena, y encantado de sus excelentes condiciones, se conformaba con examinar sus manifestaciones externas, porque no le era dado penetrar en el interior del ser, para atestiguar la verdad de los sentimientos.

Gozoso de su triunfo, no recordaba que todo tiene su reverso, y que se olvida con suma facilidad, y creíase transportado al mundo ilusionista, sin vislumbrar en el horizonte del futuro la fatídica realidad. Dominado por la pasión que alentaba su imaginación calenturienta, formulaba mil proyectos de ventura sin presentar las múltiples dificultades que á diario se presentan, sin razonar que el contraste de la felicidad de hoy, es la desgracia de mañana.

Sin profundizar en las teorías sobre el valor del ardoroso apasionamiento que lo cegaba, sólo veía en ella pureza y candor, y la creía el prototipo de la sensibilidad humana.

Con su resolución formada, siguiendo las corrientes de la humanidad, asistía al concierto mundanal sin escuchar más que la misma nota, no teniendo más pensamientos que para la imagen esplendente de sus ilusiones, sin notar la rapidez con que pasaba la vida, no sintiendo nada en el mundo, porque sentir siempre la misma cosa equivale á no sentir.

Ansiaba felicidad, y no sabía que es difícil conseguirla, desconociendo las múltiples y delicadas circunstancias que á ella concurren,

dejándose llevar de excepticismos engañosos. Amaba con idealismos, como un niño sin experiencia, subordinado al capricho de su favorita. Su amor, platónico, era de existencia efímera porque tiene un límite que lo sofoca; para que él sea intenso y fructifique, es necesario que no sea tan sólo preocupación mental; ha de tener un fondo apetitivo y de deseo que mueva la contemplación estática á convertirse en energía dinámica, incorporándose así á nuestra vida, que no es sino una sucesión progresiva de llanto y placer, luctuosidades y alegrías. Es preciso que la existencia tenga el rocío fecundante del sentimiento, para que no se esterilice. Todo tiene su plazo, todo se acaba, y también el amor de aquel cándido tuvo su límite. No creía que aquella pasión tan arraigada pudiera concluir así no más, pero los consejos, la coquetería, los mal entendidos, una nimiedad cualquiera trae el enojo, y adiós esperanzas lisonjeras, sueños color de rosa, promesas de venturas inefables; trócase el placer en sinsabores y tristezas. Claras y elocuentes lecciones que nos dá la humanidad deseosa de enseñarnos, y que no alcanzamos á comprender envueltos en nuestra soberbia, creídos de la inagotable dicha, sin pensar que como el cielo tiene sus nubes, tiene también el corazón sus horas de tristeza.

Y á semejanza del que se encuentra sólo en medio de la muchedumbre, absorto ante una realidad íntima que concibe y no se explica, que lo emociona y no palpa, sintiendo todo y nada, el éxtasis del genio, el misterio de la Diosa Iris, el reverberar de la luz interna, la penumbra al exterior, y el aislamiento de la pitonesca inspirada, estaba él, maldiciendo su suerte, triste y abatido, sin hallar lenitivo para sus males, apurando el cáliz de la amargura, sin reflexionar que esas miserias de la vida no deben abstraer el pensamiento debilitando las fuerzas morales.

Las pasiones tienen sus secretos que el escabelo de la inteligencia humana no logrará arrancar, porque la vida nos exige una marcha rápida y vertiginosa, con rumbo á la finalidad, sin permitirnos una detención.

Amó con fé, y era tanta su dicha, que se avergonzaba de ser tan feliz en medio de las miserias humanas. Nunca soñara en el futuro desconocido, que tantas amarguras le traía, y sólo juzgaba las cesas por las creaciones de su fantasía.

Figurábase nuevo Rafael, y sonreía ante aquel cariño que constituía el ancho cauce por donde corría su existencia, concibiendo para ella un límite imposible. Prendado de aquella belleza encantadora, hacíase ilusiones del porvenir que lo aguardaba, y pretendía que él se apareciera hermoso como los ojos de su amada, y dulce y tranquilo como el azul del cielo. Deleitábase en la contemplación de la que inspirara su pasión, y sólo veía en ella pureza y ambrosia, candor é inocencia, como en la virgen de sus oraciones.

¡Cuán terrible fué después de tanto augurio de felicidad aquel rudo golpe que lo aniquilaba por completo, sintiéndose desfallecer ante el desprecio que ajaba sus condiciones morales! ¡Qué amarga la copa de ingratitud que ella le brindaba sonriente, complacida de su mal, haciendo de la hipocresía un arte, engañándolo cuando entreveía un futuro lleno de deliciosos encantos!

Ya no podría olvidarla á pesar de todo.

¡Cómo borrarse de su imaginación aquel recuerdo abrumador que no lo abandonaba un instante, que persistía á medida que pretendía desecharlo, y que cada día presentábase más tenaz!

A él, lo animara el acicate del instinto, el deseo de las necesidades urgentes sentidas en la naturaleza de su ser; esa fuerza que hace carne la idea concebida por el hombre, que se impone al mundo, y contra la que no hay argumentos posibles que oponer.

Cuando niño, habíale nacido aquel amor, que á medida que el tiempo transcurría hacíase más intenso, y que ya no parecía pudiese olvidar, porque para él era imposible extinguir el fuego de aquella pasión. Bullía constantemente en su cerebro la idea de mejores días, anhelando no llegar á los límites de aquella felicidad soñada en horas de muto arrobamiento, y sentía las reminiscencias de épocas no lejanas....

Dejóse llevar de los primeros impulsos, no pudiendo prever la debilidad que lo anonadaba, y sentía ya no haber reflexionado antes de dar vida á aquella pasión....

¿Aprovechará ahora las enseñanzas de la experiencia, y tratará de recobrar el dominio de su razón, de su libertad, de su voluntad, sustrayéndose al imperio de una pasión efímera?

E. FERRERIA

Adrogue, Junio de 1899.



BAHIA DE RIO JANEIRO.—FUERTE DE SANTA CRUZ



RIO JANEIRO—CORCOVADO: CAMINO DEL ACUEDUCTO

JUEZ MODELO

(Traducido para LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA)

El emir de Argel, Baukas, quiso averiguar por sí mismo si era cierto que en la capital de su provincia había un juez dotado de tan extraordinaria habilidad que infaliblemente descubría la verdad, no habiendo ningún bribón que hubiese logrado darle gato por liebre.

Baukas se disfracó de mercader y se dirigió a la ciudad en que residía el juez.

Al entrar en la población, un pordiosero se acercó al emir pidiéndole una limosna.

Baukas le dio unas monedas e iba a seguir su camino, cuando el pordiosero le detuvo.

—¿Qué quieres? ¿No te he dado limosna?

—Me has dado limosna, pero hazme el favor de llevarme en tu caballo hasta la plaza de la ciudad, para que los camellos y los caballos no me estropeen.

El emir hizo subir a la grupa al mendigo y así llegaron a la plaza; detuvo Baukas el caballo, pero el mendigo no se apeaba.

—¿Por qué no te apeas? Vamos, bájate, que ya hemos llegado.

—¿Por qué me he de bajar? Este caballo es mío. Si de buen grado no me lo das, vamos a que el juez dirima el caso.

La muchedumbre que les rodeaba, oyendo la discusión, gritaba:

—Id donde está el juez que todo lo pondrá en claro.

El emir y el pordiosero comparecieron ante el juez.

Antes de que tocara su turno al emir, el juez llamó ante él a un sabio y a un campesino. Ambos se disputaban una misma mujer.

El campesino afirmaba que era su mujer, el sabio que era la suya.

Después de oírlos el juez, dijo:

—Dejad la mujer aquí, y volved mañana.

Seguidamente entraron un carnicero y un aceitero. El carnicero estaba cubierto de sangre y el aceitero de manchas de aceite.

El carnicero decía:

—Yo he comprado aceite a este hombre, saqué mi bolsa para pagarle, cuando me agarró la mano para robarme el dinero, y hemos venido a tu presencia, yo teniendo mi bolsa y él agarrado a mi mano.

—Esto no es verdad—repuso el aceitero—el carnicero vino a comprarme aceite, me pidió que le cambiase una moneda de oro, tomó la plata, de la que quiso apoderarse y huir, y entonces le tomé de la mano y le traje hasta aquí.

El juez respondió:

—Dejad aquí el dinero y volved mañana.

Baukas, a su vez, refirió lo que le había acaecido con el pordiosero. El juez le escuchó y luego ordenó al mendigo que explicara el caso.

—Estaba yo a caballo—arguyó el pordiosero—cuando él me pidió que le admitiese en la grupa para conducirme hasta la plaza. Accedí y lo llevé hasta donde me dijo, pero se negó a descabalar, diciendo que el caballo era suyo, lo que es falso.

—Dejad el caballo aquí y volved mañana—repuso el juez.

Al siguiente día, inmenso concurso acudió a conocer las decisiones del magistrado.

El sabio y el campesino llegaron primero.

—¡Vete con tu mujer! dijo el juez al sabio—y que den al campesino cincuenta azotes.

Marchóse el sabio con su esposa y el campesino sufrió su castigo ante el concurso.

Después llamó el juez al carnicero.

—El dinero es tuyo—le dijo.

Y señalando al aceitero, añadió:

—A ese cincuenta azotes.

Liegó el turno de Baukas y el pordiosero. —¿Reconocerías tu caballo entre otros veinte?—preguntó al emir.

—Le reconocería.

—Y ¿tú?

—También—repuso el mendigo.

—Sígueme—dijo el juez a Baukas.

Se dirigieron a la cuadra; el emir reconoció en seguida su caballo entre otros veinte.

Después el juez hizo ir al mendigo a la cuadra; le ordenó que señalase el caballo, y el mendigo señaló el mismo que antes había señalado el emir. Volvió el juez a su sitio, y dijo a Baukas:

—¡El caballo es tuyo, tómallo!

Y ordenó que propinasen al pordiosero cincuenta azotes.

Cuando el juez se alejaba, Baukas se dirigió a él.

—¿Qué me quieres?—le dijo el juez.—¿Acaso estás descontento de mi sentencia?

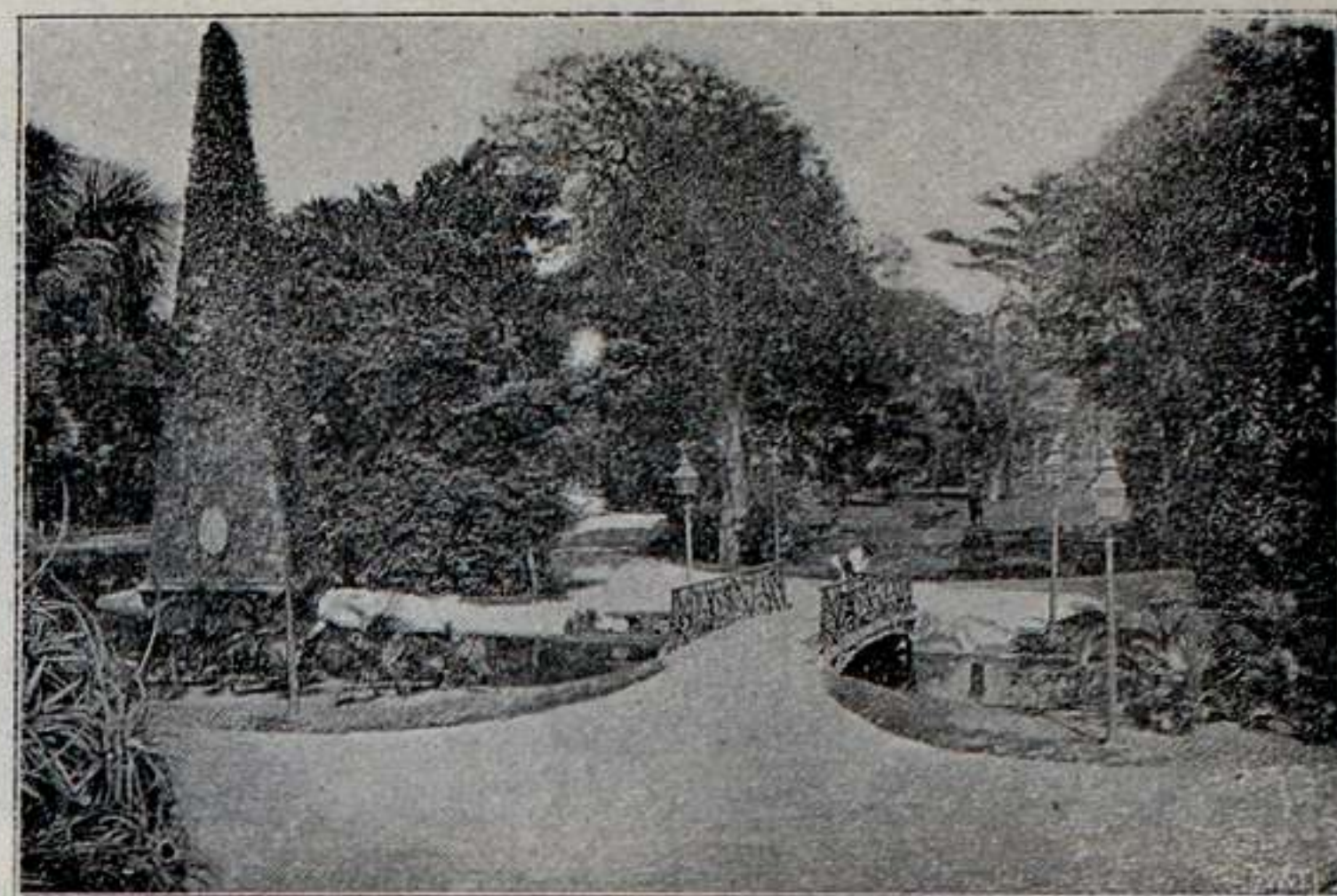
—No; estoy satisfecho del todo—repuso el emir—solamente deseo que me digas cómo has averiguado que la mujer era del sabio y no del campesino, el dinero del carnicero y mío el caballo.

—En cuanto a la mujer del sabio, la llamé esta mañana, y le dije: «Echa tinta en mi tintero.» Tomó el tintero, lo limpió pronto y cuidadosamente, y lo llenó de tinta; luego está habituada a esta labor. Si hubiese sido mujer del campesino, o cae en perplejidad o hace una torpeza. De ahí deduje que el sabio tenía razón.

En cuanto al dinero, lo hice depositar en una cubeta llena de agua, que observé esta mañana para cerciorarme si sobrenadaba el aceite. Si el dinero hubiera sido del aceitero, éste lo habría impregnado con el contacto de sus manos; como el agua permaneció limpiada, el dinero debía pertenecer al carnicero.

Por lo que hace al caballo, el caso era más difícil. El pordiosero reconoció tan pronto como tú el caballo entre otros veinte. Yo les sometí a esta prueba por ver solamente quien reconocía primero el caballo.

Cuando tú te acercaste a él, el caballo volvió la cabeza para mirarte, en tanto que, cuando el mendigo le tocó, bajó las orejas y enco-



RIO JANEIRO—EL JARDIN BOTÁNICO

gió una pata. Ya ves cómo averigüé que eras el legítimo propietario.

Entonces Baukas le dijo:

—Yo no soy mercader, yo soy el emir Baukas. Vine aquí para averiguar si era cierto lo que de tí se decía. Quedo convencido de que eres un juez hábil y sabio. Pide, pues, lo que quieras.

—No necesito recompensas—respondió el juez—me considero bastante agraciado con la enhorabuena de mi emir.

LEÓN TOLSTOI



LA GUERRA EN EL SIGLO XX

El telégrafo nos ha anunciado últimamente una de las postreras resoluciones tomadas en el Congreso sobre la paz, que está celebrando sus sesiones en la ciudad de «La Haya», en Holanda.

Asunto de importancia es el de poder alcanzar a resolver este problema pavoroso que se ofrece en los dinteles del siglo XX; los pensadores y escritores de más renombre hace ya algún tiempo que vienen discutiendo la idea en libros y en artículos, con la palabra y con la pluma, y a pesar del peso de los argumentos expuestos por los contrincantes de este problema, no ha podido, hasta ahora, llegarse a una conclusión segura que deje en el ánimo la impresión absoluta de la verdad.

Trataré someramente el tema, haciendo sobre él breves observaciones.

Dos puntos conviene analizar en la cuestión; uno es teórico, el otro es práctico; el primero consiste en si existe el derecho de la guerra o sea si esta se justifica ante el derecho internacional; el otro es si conviene a las naciones en general la guerra, teniendo en cuenta las actuales circunstancias y si esta es una condición fatal de los pueblos.

Desde los primeros tiempos de la civilización, cuando la aurora del cristianismo todavía no había circundado de luz con sus admirables doctrinas morales, la oscura noche del paganismo, era una verdad probada y justificada por la costumbre y la tradición, el derecho que tenían todas las naciones de defender sus intereses y su honor ofendido por medio de las armas.

Grecia, Roma, ejercieron el predominio de su poder por medio de la guerra.

Nos basta recordar cualquier página de la historia de aquellas lejanas épocas, para confirmar la exactitud de nuestro aserto.

Mas tarde la irrupción de los bárbaros en el occidente y su dispersión por Europa, acentúan más esta tendencia bélica, con su carácter individualista y su indomable fiera.

La Edad Media y la Moderna, se señalan en los anales del pasado con rasgos de sangre; los pueblos no saben más que pelear y el valor es la cualidad más superior, que atrae la admiración de las multitudes.

Guerras de conquista, planes ambiciosos de dominación, sueños de gloria, venganzas personales, luchas dinásticas, la defensa del



BAHÍA DE RIO JANEIRO—FUERTE DEL PICO



BUENOS AIRES—EL «MEETING» DEL COMERCIO EN LA AVENIDA DE MAYO—(Instantánea del señor R. Tomé)

honor, todo se subordina y se resuelve en el tapete de la guerra.

Las naciones se desarrollan, adelantan, crece el progreso, la luz de la civilización se extiende por todo el occidente y la guerra continúa siendo la preocupación absorbente de todos los pueblos.

Posteriormente, la política y la diplomacia con el objeto decidido de evitar contiendas, no hacen más que traer nuevos conflictos a las naciones; la guerra franco-prusiana no se debe más que a la política hábilmente urdida de Bismark; además los dogmas absolutos religiosos y los principios políticos arbitrarios de gobierno, producen consecuentemente, las cruzadas santas en nombre de intereses religiosos, las guerras religiosas en tiempo de Enrique III de Francia y Felipe II de España; los continuos alzamientos y motines políticos y económicos; luego los intereses regionales de cada señor feudal, las invasiones de los pueblos, encienden también la guerra, asolando a todos los países europeos y contribuyendo así al sentimiento general de la imposición bélica.

El mundo crece y marcha a pasos agigantados por el camino indefinido del progreso, el siglo XVIII toca a su fin y el fermento de la revolución, comienza a ejercer su influencia en las masas populares.

La revolución francesa lanza el grito de libertad al universo entero; y la célebre jornada del 14 de Julio patentiza con la toma de la Bastilla, los efectos siempre latentes de la pasión guerrera, que más que nunca, agita en aquellos momentos a la Francia revolucionaria.

Los horrores de aquel cataclismo social y las consecuencias de sus funestos desmanes tienen su influencia en la marcha de los acontecimientos, y el árbol de la libertad, que creció con los ardores del sol de la República, produce más tarde los frutos del Imperio.

Napoleón, el rayo de la guerra, como se le ha llamado, saluda los albores del siglo XIX con las descargas de su fusilería y la metralla de sus cañones y el águila imperial se pasea impávida y destructora por todos los ámbitos de la Europa, dejando tras de sí el luto y la desolación.

Recién en esta última mitad del siglo que fenece, puede decirse que la humanidad parece descansar y entregarse en brazos de la paz.

En efecto, es muy cierto que las guerras han disminuído algún tanto en el mundo, que el arbitraje, nacido de la diplomacia de los gobiernos, aparentemente ha resuelto casi todas las cuestiones, pero también podemos declarar que hemos comprado la paz a fuerza de incesantes erogaciones, y que ésta ha resultado muy cara para la vida económica de los pueblos.

Las ideas bélicas, parece pues, que hubie-

sen disminuído y que las naciones entregadas al trabajo y a la lucha por el progreso, no pensasen más que en la manera de resolver el problema de sus destinos futuros, dentro de la esfera fecunda de sus iniciativas.

Sin embargo ¡qué engaño! ¡qué falsedad! ¡Todo es apariencia y mentira! ¡disimulo y ficción!

Vemos a las naciones día a día acrecentando sus armamentos y rivalizando mutuamente en el sistema funesto de la paz armada; observamos las intrincadas cuestiones que se suscitan y que a pesar de los anhelos de paz falsamente propagados, los gobiernos emplean toda clase de subterfugios y todos los recursos imaginables de la diplomacia, para evitar rompimientos que tarde o temprano tienen que recibir una resolución indubitable.

Se habla y se vocifera en la prensa y en la tribuna, en la cátedra y en los libros, contra la guerra y sus horribles efectos, y mientras tanto cuando llega el caso de hacer prácticos los principios pregonados, una nación, como los Estados Unidos, el prototipo de la democracia y de la libertad, declara la guerra a otra, en nombre de los derechos sagrados de la humanidad.

¿Puede desconocerse ante este cúmulo de hechos que la historia, con su implacable é imparcial criterio, nos enseña el fundamento jurídico del derecho de la guerra, cuando la tradición, la costumbre y la voluntad conjunta de las naciones lo admite de un modo tan positivo? Creo que nó, y regar todo lo dicho sería la más absurda y antirracional teoría, inadmisible ante el juicio severo de la razón.

El segundo punto de nuestro problema, es decir, si conviene a los pueblos la guerra, y si ésta es un fatal anatema que pesa sobre ellos, es una faz interesante de la cuestión, que ha dado lugar a las más ardientes controversias.

Si examinamos los efectos de la guerra bajo el punto de vista material y económico, es lógico concluir que ella no es más que producto de males, que trae la ruina y la decadencia de las naciones.

SR. ERNESTO LALANNE, ORGANIZADOR DEL «MEETING» DEL COMERCIO
Fotogr. del señor Canter

El hambre, las pestes, las desgracias materiales y morales, el desorden y la anarquía, la desolación más grande cunde por todos los confines de una nación que ha sido azotada por el terrible flagelo de la guerra; esta es la que remueve las malas pasiones, populariza la delincuencia y patrocina el vicio.

El huracán lanzándose exterminador por una ciudad y destruyendo cuanto encuentra á su paso, no produce más desastres y más catástrofes que las que son producidas por un pueblo, que huele sangre y pólvora, que hiere y mata sembrando cadáveres por doquier.

Y luego, así como después de una terrible tempestad viene la calma, después de la lucha fratricida de los pueblos, después del espasmo nervioso del organismo social, viene la inercia y el consiguiente decaimiento de la energía consumida, y entonces las naciones tienen que pasar muchos años antes que vuelvan á poder estar como estuvieron antes del sacudimiento del orden de sus instituciones.

Es, pues, imposible admitir la guerra bajo este punto de vista; pues con ella no se consigue más que el atraso y se detiene el progreso.

¿Pero, la guerra no es una condición fatal de las naciones? Observada esta otra faz de la cuestión, podemos afirmar que sí.

Si abrimos el libro del tiempo y recorremos sus páginas una á una; si escudriñamos los hechos de la historia y los analizamos con el criterio de la filosofía, sacaremos la consecuencia segura que en todas las circunstancias y en todas las épocas de las naciones, las guerras han constituido un modo de resolver los conflictos, que por no haber otro y por estar muy en consonancia con la naturaleza humana, ha sido el medio de solucionar las contiendas entre los pueblos; porque así como en el campo limitado del círculo individual, desde el hombre primitivo hasta el contemporáneo, se ha hecho un principio del derecho de la fuerza, imponiéndose llegado el caso á pesar de todas las leyes, así también, las naciones, que no son más que reuniones de hombres sujetos á leyes, en los conflictos que se suscitan entre ellas, se determinan casi siempre por el recurso de la guerra, porque ésta ó el uso de la fuerza vienen á satisfacer inclinaciones é instintos pasionales, que son parte íntima de la naturaleza humana; y aún más, siguiendo este raciocinio, sacamos en consecuencia que como el mundo jurídico internacional tiene que progresar mucho, para llegar á formar un código político de las naciones que venga á llenar el vacío que existe hoy en sus leyes, tendrá que pasar largo tiempo, antes de que llegue al perfeccionamiento de la legislación privada y puedan someterse las naciones, lo mismo que los particulares, al veredicto de un juez desapasionado, fiel expresión de la ley.

Hay escritores, además, que han pensado que las guerras son tan necesarias á los pueblos como las sangrias á los organismos demasiado robustos, es decir, para nivelar su vida orgánica, evitando que se produzcan enfermedades en su constitución, y así se dice que en las naciones, cuando se eleva la cifra de sus habitantes y el poder económico no es bastante fuerte para poder servir á su subsistencia, la guerra produce la nivelación en el organismo de esa nación.

Sin estar conforme con esta teoría, diremos que la guerra ha desempeñado hasta ahora un papel desgraciado, pero ineludible en las vicisitudes de todos los pueblos y que ha llegado á compenetrarse de tal manera desde el origen remoto de las sociedades, que ha formado un conjunto de principios erigidos en sistema é incluidos, por decirlo así, en las leyes inmutables de la naturaleza que gobiernan á los seres y á las cosas, desde la creación del mundo, esparciendo sus terribles efectos en el tiempo y en el espacio, y dominando á los pueblos con el fatalismo de leyes históricas inquebrantables.

Reasumiendo, podemos concluir que dejamos demostrada nuestra tesis y que no creemos, por lo tanto, en la eficacia de las conferencias que en estos momentos tienen las naciones más civilizadas de la tierra y mucho más cuando nos llegan noticias de no haberse afrontado el problema con la amplitud con que se anunciaba.

Creemos que lo único que se desprenderá de las discusiones habidas en el seno de esa

asamblea internacional, será la reglamentación de la guerra y esto aún con carácter transitorio, sujeta á la variación que haga prácticamente y cuando llegue el caso cualquier potencia europea.

Los tratados de paz, los arbitrajes, á pesar del camino que se ha recorrido con ellos, no tienen mayor efecto que el de prorrogar los conflictos, haciendo que las naciones continúen aumentando su bagaje bélico, en detrimento de las fuerzas de su poder económico y financiero.

GONZALO OCHOA



EL CARACTER

(ESTUDIO SOCIOLOGICO)

El carácter es factor del destino. En nosotros tenemos la fuente de la verdadera alegría, ha dicho un escritor, y es una gran verdad; porque, en efecto, el carácter hace al hombre, y el carácter del hombre es susceptible de sufrir todas las inflexiones de la conveniencia y adaptarse á todas las situaciones de la vida, bastando para esto un poco de discreción y buena voluntad.

La alegría, que para unos no es cosa seria y para otros no es cosa esencial, tiene, sin embargo, importancia suma, por ser madre de la buena ventura.

En donde no hay alegría, como donde no hay paz, ¿qué puede quedar? ideas horribles y horas mortales.

La alegría del corazón y la tranquilidad del espíritu deben ser el estado normal del hombre; y cuando alguna causa tirana ó algún hecho cruel del mundo ó del destino venga á perturbarnos, para eso están la reflexión y la cultura, que nos enseñan: la primera, á tener conformidad; y la segunda, á tener prudencia, para reflejar así lo que se llama buen carácter, que vale tanto como la salud.

Entregarse en las tribulaciones de la vida al impulso ciego de la ira ó al espíritu impuro de la venganza, como una fiera instigada, es dirigirse loco á las corrientes procelosas del infortunio y tener lo que se llama mal carácter, que tan malo ó peor es que la falta de salud.

El carácter, bien ó mal dirigido, es siempre factor del destino del hombre; si tenemos un carácter reflexivo y lo guiamos por las anchas sendas de la bondad y la prudencia, llegaremos seguramente al campo florido de la alegría y el bienestar; si tenemos un carácter irreflexivo y le llevamos por el camino angosto de las desatenciones, terminaremos sin falta en el terreno ingrato de la expiación y los abrojos.

Hay personas que por su buen carácter, por ser afables, comunicativas y simpáticas, consiguen cuanto se proponen, como hay personas que por su carácter seco, imprudente y destempleado pierden cuanto tienen que se pueda perder.

La destemplanza da cortas alegrías y largos disgustos, ha dicho una ilustre dama; y nosotros recordaremos principalmente á las damas, por ser las que con más frecuencia podrán necesitar la otra máxima del dominio vulgar que dice: «La dulzura es casi siempre un medio de desarmar la cólera»; y además este otro precepto de Kempis: «Sufrir, si quieres que te sufran».

En el trato íntimo y familiar, así como hay personas que tienen el don de agrandar, así las hay también que tienen el don de mortificar. Las primeras, cuando hablan dicen sólo lo que pueda ser dulce y halagador; las segundas, cuando hablan dicen todo lo que pueda herir y molestar. A las primeras las inspira un ángel; á las segundas las inspira un espíritu malo. Las primeras dejan por donde van pasando una estela de bendiciones y gratos recuerdos; las segundas dejan en pos de sí acerbos censuras y amargo llanto.

¡Qué amable es el cariño y la bondad! ¡Qué insufrible la intemperancia y el mal humor! Hay espíritus de contradicción que son más molestos que un parche de cantáridas y hay temperamentos irascibles que se hacen más repulsivos que una pócima de ipecacuana.

A estos y otros seres tan molestos por su trato, y de quienes la gente huye como de apestados, no les queda al fin más compañía

leal que la soledad, en cuyo seno apacible les conviene reflexionar que para no caer en los abismos del ridículo y poder marchar con la corriente del mundo, es preciso forzar la voluntad al grado necesario para estar siempre moderados y sonrientes.

Por esfuerzo de la voluntad estamos habituados á observar actitud conveniente en los templos, teatros, visitas, etc.; y por esfuerzos de la voluntad debemos habituarnos también á ser en el trato afables y comedidos, máxime ante personas que sólo pueden juzgarnos superficialmente y por apariencias; es decir, por el trato social.

Suele ocurrir que no se quiere forzar la voluntad al grado necesario antes indicado, unas veces por orgullo y otras por desdén, lo cual redundará en notable perjuicio ulterior del orgulloso que desdeña.

No recomendaremos la hipocresía y mucho menos los papeles de comediante; sólo sí, observar siempre una actitud discreta para no entrar inconscientemente en el terreno intrincado de las antipatías y prevenciones; y para reconocer con Holbach que «la indulgencia y la afabilidad son necesarias en la vida social».

En los anales de la diplomacia social y en el libro del mundo de las conveniencias, está escrita la pérdida máxima que dice: «manos besa el hombre que quisiera ver cortadas», lo cual será un sarcasmo en el orden moral de cosas, pero indudablemente hay quien la sigue, porque la cortesía para todo en el mundo es precepto de ley forzosa.

En el trato humano, la galantería, el bien parecer y las buenas formas, que todo viene á ser lo mismo, exige una delicadeza exquisita y una pulcritud esmerada; ¡es tan susceptible la opinión!

El abandono en las formas y la diferencia en la expresión son cosas que no perdona el mundo.

Y á propósito, la naturaleza nos ofrece un ejemplo de pulcritud admirable.

Refieren los naturalistas que el armiño, animal del tamaño de la ardilla, de piel blanca como el copo de la nieve, á excepción de la extremidad de la cola, que tiene una mancha oscura, es perseguido con empeño por los cazadores para aprovechar su piel, de gran valor en la industria: pues bien, el animal, que tiene su orgullo en su blancura y su instinto consagrado á su limpieza, al huir del cazador, si encuentra delante un charco de agua que no puede ladear, se detiene, y por no mancharse, se deja tomar. Tal es la pulcritud extremada de este animal, que prefiere morir á manchar la limpieza y la blancura de su cuerpo.

El hombre adorna ó viste sus actos con el ropaje de las expresiones y las formas; que han de ser, por cierto, diáfanas como el agua del cielo, puras como la espuma del mar, y limpias como la piel del armiño, y debe preferir el silencio, la soledad y el reposo á toda ligereza que anuble su reputación ó que la manche.

LÓPEZ TUERO



¡POLONIA!

UN BELLO ARTÍCULO DE CASTELAR.

He aquí un encantador artículo que he encontrado revolviendo una colección de viejos papeles. Es un artículo, mejor una joya del gallardo poeta del habla castellana, de Emilio Castelar, el hombre republicano que no llegó á ser estadista en fuerza de haber sido artista. ¡Polonia! Así como he titulado estas líneas, se llama ese pedazo de armonía, ese grito de una alma dolorida.

Es algo viejo, en verdad, ¡pero es tan hermoso! ¿Y quién no gusta de lo bueno por atrasado que sea?

Aquí va, á renglón seguido.

I

«El cielo llovía nieve sobre Varsovia, en triste noche. Parecía tender un sudario para cubrir aquel cadáver. Todo lo que reina en el sepulcro, reinaba allí: frío, silencio, soledad. Por sus calles abandonadas pasaban de vez en cuando caballeros en pequeños

caballos, los tártaros, como aves de rapiña que se lanzaron en aquella huesa. Y, sin embargo, en medio de tanta desolación brillaba una esperanza de vida, una aspiración de amor, una de esas flores que entre las junturas de los sepulcros brotan. Veíase en espacioso salón una joven que se probaba blanca corona de azahar. Era la corona de desposada, que tenía apercibida para la noche siguiente, noche de sus bodas.

Apenas contaba veinte años. Largos rizos rubios caían como rayo de luz sobre sus espaldas. Brillaban como un cielo sereno sus azules ojos teñidos de melancólica felicidad. Al través de su tez veíase circular la sangre. Era tan apuesta, tan alta y tan elegante, que bien podía aparecer, por lo ancho de su frente, por lo esférico de su cabeza, por el profundo azul de sus ojos, por su nariz aguilena, sus pronunciados labios, su erguido cuello y su majestuoso continente, la estatua que representaba a Polonia. Yo tengo para mí que esos pueblos esclavos, desolados, suelen dar en el tormento hermosas hijas al mundo, nacidas de las más sublimes inspiraciones del dolor. ¿No os acordáis de aquellas hermosísimas hijas de Israel que tañían sus arpas bajo los sauces de Babilonia, que confundían sus lágrimas con las aguas del extranjero río y que desarmaban con su hermosura a los perseguidores de su pueblo?

II

La joven dejó su corona de azahar después de haberse cerciorado ante el espejo de que le sentaba bien, y corrió a una ventana como para mirar si alguno que esperaba venía ya. En aquel instante vió pasar envuelto en las ráfagas del viento, entre los remolinos de la nieve, un peleton de cosacos que juraban y maldecían de Polonia. Retiróse la joven horrorizada, y maquinalmente se sentó al piano. Dejó caer desesperada la cabeza sobre el pecho, y recorrió con sus dedos las teclas.

El instrumento produjo una melodía profundamente triste, una de esas melodías que son el lloro de toda una generación, la agonia del alma de todo un pueblo. Inmediatamente apareció en la puerta un anciano encorvado y vacilante, que pronunció estas palabras:

—¿Qué haces? ¿No sabes que esa melodía, ese cántico de nuestros padres puede costarnos la vida?

—Es verdad, abuelo — repuso la joven — es verdad; no tenemos patria.

—Yo creo que sí — dijo el anciano; — yo creo que este pueblo, apedreado ayer como san Esteban, podrido ayer como Lázaro, aún tiene esperanza.

—¿Dónde está?

—En Dios — dijo el anciano.

—¿Y cuando nos oirá Dios?

—Cuando le hayamos desarmado con el martirio.

—¡Aun más mártires! — exclamó la joven con acento desgarrador. Dos gruesas lágrimas se extendieron por su rostro como dos amargos ríos de dolor. El anciano bajó la voz y dijo:

—Aun tenemos esperanzas si pensamos sólo en guerras.

—¿Qué amor es posible cuando abrazas un cadáver? ¿Para que engendrar cuando engendras un esclavo? Maldito el corazón que a su amor egoísta sacrifica el amor a la patria; maldito el seno que engendra hijos para que los devore el tirano. Te probabas tu velo de desposada. ¡Infeliz! Las hijas de Polonia han nacido en su sudario. Su cuna es un sepulcro. ¿Qué será su lecho nupcial!

Y desapareció el anciano.

¿Verdad que es hermoso? ¿Verdad que se siente el alma llena de placer leyendo ese incomparable producto de la imaginación de tan grande poeta?

Publíquelo, si gusta, LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA. Los lectores me atrevo a asegurarlos, lo agradecerán. Los manjares cuando son verdaderamente exquisitos, nunca empalagan. Y este es un delicioso manjar que habrán de saborear todos con verdadero deleite.

ALVARO CATÁN

LA HOJA DE TABACO

LEYENDA ÁRABE

I

En el nombre de Aláh, elemento y misericordioso, que «nos ha dado la caña para escribir y que cada día enseña a los hombres algunas de las muchas cosas que no saben», oíd:

Porque Él es el grande, el poderoso, el Señor de los ángeles y de los hombres.

En sus labios está la perla de la verdad.

Y la luz de esos soles que brillan sobre las Montañas Azules, de los rubies de sus ojos es.

Uno de sus dedos gobierna la máquina de los mundos.

Y soplo de su boca es el simoun que barre las arenas del desierto.

Oíd.

Esta no es la leyenda de la bella Zobeida, ni la del Sultan de Kandahar, ni la historia de *La hermosa beduina*, ni ninguna otra de esas dulcísimas leyendas y cuentos de hadas que cantan los bardos orientales al son de la *guzla*, a la puerta de los cafés de Bagdad ó en los bazares de Djedah la rica.

Esta no es ninguna de esas leyendas de color de rosa que entonan las beduinas junto al Pozo de la Bendición, llenando su cántaro, cuando el sol se duerme en brazos de la tarde; ó que cuentan los pastores del Desierto, reunidos en las Peñas Coloradas, a la hora en que los camellos y las caravanas reposan bajo la blanca tienda y la luna se levanta en el horizonte.

Esta es la leyenda que recitan los buenos creyentes, vueltos sus ojos hacia la kibra santa y que me refirió Aly-Hassan, de la tribu de los Beni-el-Vedar, una mañana que paseábamos juntos por la orilla del mar.

Al nacer el sol, Aly extendió el tapiz de la oración, cayó de rodillas y recitó el *Fattah*.

Cuando hubo terminado su plegaria, alzóse y me ofreció la pipa de la amistad.

Nos sentamos y empezamos a fumarla juntos.

—¿No sabes tú cristiano, me dijo entonces, el origen de esta hoja, cuyo perfume estamos aspirando y cuyo humo se eleva hasta Alah con los colores de las rosas que marchita nuestra planta?

—No lo sé, musulmán, le respondí yo.

—¡Aláh sea bendito! exclamó, que sólo a los creyentes ha revelado los misterios de las cosas ocultas por boca del Profeta. De Dios somos y a Dios hemos de volver. ¡El es grande!

Y poniendo nuevas hojas de tabaco en su pipa, me refirió esta leyenda, sencilla, pero profundamente religiosa y severa.

II

Viajaba una vez el profeta Mahoma por los desiertos del Yémen.

Era invierno, y como hacía frío, los reptiles dormían el sueño de las noches largas.

El caballo que montaba el profeta puso su casco sobre la guarida de una víbora, y apareció entonces ésta enteramente amortiguada por el frío.

Tuvo compasión Mahoma del pobre reptil; bajó del caballo, tomó la víbora y la puso dentro de la manga de su túnica para que volviese a la vida.

Y el calor la dió vida nuevamente.

Entonces empezó a moverse, luego sacó la cabeza y dijo:

—Profeta, quiero morderte la mano.

—No seas ingrata, le contestó él.

—Lo quiero.

—Cuando me des una razón y me pruebes que te he dado motivo, consentiré que me muerdas.

—Tu raza, dijo la víbora, está siempre en guerra con mi raza: el calcañal de los tuyos y el casco de vuestros camellos y de vuestros caballos aplasta a los míos siempre, y yo necesito vengarme en tí.

—Pero no se trata ahora de tu raza y mi raza, le replicó con dulzura el profeta; ahora se trata solo de tí y de mí. ¿Qué males te he causado yo? ¿Por ventura no acabo de hacerte un beneficio tornándote a la vida con el calor de mi pecho y de mi brazo?

—Quiero morderte, sin embargo, para que en adelante no hagas daño ni a mí, ni a mis hijos, ni a los de mi raza.

—Eso, pobre reptil, será una ingratitud; me devuelves mal por bien. ¡Ay de tí, que tan mal quieres pagar los beneficios!

Lo quiero, gritó iracunda la víbora entonces, y juro por Dios grande que he de morderte.

Al oír el nombre de Dios, el profeta no se atrevió a replicar.

Inclinó la cabeza y dijo: «qué su nombre sea bendito! Suyos somos y por él tenemos la vida.»

Y alargó la mano a la víbora para que le mordiera.

Y la víbora mordió la mano sagrada del profeta.

Entonces éste poseído de vivo dolor, arrojó la víbora lejos de sí, y en nombre de Dios grande la maldijo, porque había sido ingrata y con ella a todos los hombres que paguen el bien con mal y no sean agradecidos a los beneficios que se les hicieron.

El profeta aplicó en seguida con fuerza sus labios a la herida, chupó y extrajo el veneno de la víbora.

Y lo escupió después sobre la arena del desierto.

Y al punto, en el mismo sitio donde había caído la saliva, nació una planta, que creció de repente y echó hojas.

Los árabes que acompañaban a Mahoma, quisieron quemar algunas de aquellas hojas, como en holocausto al Dios único, elemento y misericordioso, que había salvado del veneno al Jefe de los creyentes, y entonces percibieron el extraño y delicado aroma que las hojas de aquella planta exhalaban al quemarse.

Desde aquel día todos los buenos musulmanes fuman las hojas de aquella hierba maravillosa y bendita que el dedo de Aláh hace multiplicarse junto a las arenas y en los oasis, y aspiran su perfume con respeto y placer, porque participa su sabor de la amargura del veneno de la víbora y de la dulzura de la saliva sagrada del profeta.

III

La hoja de tabaco es desde entonces la delicia de los Hadjies, que han hecho la peregrinación a la Meca; de los Ulemas, que enseñan la sabiduría en el atrio de la mezquita de El-Azahr, que es fuente de alegría y luz, y de los hijos de la blanca tienda, que son los reyes del Desierto.

Y también desde aquel tiempo el creyente que recibe de otro musulmán la sal de la hospitalidad bajo la sombra de su casa ó de su tienda, está obligado a amarle y a hacerse matar en defensa de él, si es preciso, porque es su hermano y porque la maldición del profeta pesa sobre la cabeza de los *ingratos*, que no podrán ver la luna clara del paraíso en la noche de su muerte.

IV

Esta es la leyenda de *La hoja de tabaco*, que se trasmite de tribu en tribu por los viejos creyentes a través de las generaciones y los siglos, para enseñanza de los musulmanes y gloria de Aláh, cuyo nombre sea bendito.

¡El es grande!

JUAN BACHILLER



PARA EL HOGAR

La mujer del siglo XX. —Sopa blanco y negro. —Manera de preparar el chocolate. —Merengues rellenos. —Para hacer impermeable el calzado. —De sobremesa.

El redactor en jefe de un diario húngaro, — el *Budapestli Napló* para llamarlo por su nombre, — ha pedido la opinión de varios escritores y filósofos sobre esta grave cuestión: ¿Qué será la mujer del siglo XX?

La primera respuesta que le ha llegado es la de M. Sully-Prudhomme, y no tiene nada de tranquilizadora para nuestras hijas del siglo próximo.

M. Sully-Prudhomme, en efecto, es de parecer que el progreso industrial ha ocasionado, en los individuos de ambos sexos, una consi-

derable disminución del sentido estético. Absorbido por el afán de dinero y por los incidentes de la lucha por la vida, nuestra época no admira ya sino el éxito.

Cada día va disminuyendo el número de los hombres que sienten y aprecian «los rasgos graciosos, que expresan una actividad sin ansia, la delicadeza, la dulzura, la ternura, que son los dones femeninos por excelencia».

A esta degeneración masculina corresponde una desviación paralela de las aptitudes de la mujer. «Mientras los atractivos de que la dotó la naturaleza para la salud de la especie conservaron todo su poder sobre el hombre, el amor que inspira la expresión estética de sus encantos pudo bastar para asegurarle una independencia victoriosa, una soberanía de hecho más eficaz, para protegerla, que las leyes escritas»; pero hoy la mujer tiene que tomar su parte en la batalla por la existencia.

En este nuevo estado de cosas, pierde ella la mayor parte de las cualidades morales que constituían su encanto, y es muy de temer que, en un porvenir cercano, á fuerza de tener las mismas preocupaciones que el hombre, á fuerza de asimilarse sus modos, sus maneras, sus exterioridades, su expresión, concluya, al fin, por afearse.

Al releer su artículo, M. Sully-Prudhomme se sorprende él mismo de hallarlo pesimista, y se excusa de ello, alegando que los tiempos no están para optimismos.

«Sin duda,—dice,—mientras escribía, alguna mariposa negra voltejaba al rededor de mi tintero, y por eso falta en este artículo algo de aquella medida, de aquella exacta ponderación del pro y el contra que habitualmente procuro poner en el examen de las cuestiones morales».

Hay que agradecer á M. Sully-Prudhomme esta salvedad. Sin embargo, preciso es confesar que no todo es paradójal en su artículo, y acaso no hay que envidiar á los que tengan que habérselas con «la mujer del siglo XX».

Entre tanto, vivamos nosotros con nuestro siglo y en nuestra casa, y probemos una nueva creación de la cocina francesa, una sopa rápida y sustanciosa, que puede servir en un caso excepcional,—sopa llamada blanco y negro.

Tomáis medio kilo de carne de vaca, sin gordura, y una media gallina deshuesada, las machacáis ambas, y las ponéis en una cacerola, con unos diez gramos de sal. Vacíais litro y medio ó dos litros de agua, y ponéis la cacerola á buen fuego, revolviendo su contenido suavemente.

Desde que comienza la ebullición, añadís zanahorias, cebollas, berros, apio, todo ello cortado.

Dejad hervir unos veinte minutos, colad y servid. Podéis poner en la sopa un poco de arroz graneado, ó bien trocitos de pan fritos.

He aquí una manera muy usada en Méjico para preparar el chocolate, que hace esta bebida de más fácil digestión,—circunstancia que sabrán apreciar las personas que, gustando mucho de esta sabrosa farinácea, tienen que privarse de ella por lo pesada que suele ser para los estómagos delicados.

Tomáis la misma cantidad de chocolate que se usa ordinariamente; es decir, una tableta por taza, y la ponéis en una fuente de porcelana; echáis sobre ella una ó más tazas de agua caliente,—según las que váis á preparar,—y sin remover el chocolate, la dejáis así un momento. En seguida le agregáis el agua.

Ponéis el chocolate en la chocolatera, agregáis una pequeña cantidad de agua caliente,—la indispensable para diluir el chocolate,—y deshacéis éste con el molinillo. Sobre esta pasta espesa, y bien deshecha, vaciáis la leche hirviendo, y revolvéis bien con el molinillo, agregando el azúcar.

Según este método, el chocolate no debe ponerse nunca al fuego. El procedimiento, como queda dicho, hace que el chocolate quede



† CARLOS CASADO

más ligero y que puedan soportarlo aún los estómagos débiles.

Para postre, unos merengues en confites.

Batid en nevada seis claras de huevos, hasta que suban bien, y añadid entónces cien gramos de azúcar en polvo, pasado por tamiz fino, y la corteza rayada de un limón. Revolved para mezclar bien.

Sobre hojas de papel blanco formad con esa pasta montoncitos de tamaño adecuado, á distancia de tres centímetros unos de otros, espolvoreadlos con azúcar cernida, colocad el papel en latas ó placas de madera, y poned todo al horno, á fuego moderado.

Cuando los merengues estén levantados y de hermoso color, sacadlos del papel, despegándolos con un cuchillo. Con este mismo cuchillo sacadles del interior, por la parte de abajo, una pequeña cantidad de la pasta que aún está húmeda, y reemplazadla por una guinda en almíbar, una frutilla en dulce, ó cualquiera otra confitura. Unid de á dos los merengues así preparados, soldadlos con un poco de clara de huevo y azúcar, y ponedlos un instante al fuego para dar consistencia á la soldadura.

Dejad enfriar antes de servir.

La manera más sencilla de hacer impermeable el calzado consiste en sumergirlo, durante una hora, más ó menos, en agua de jabon concentrada.

El ácido tánico contenido en el cuero transforma el agua de jabon en ácidos grasos que impiden la penetración de la humedad en el cuero.

De sobremesa.

Un infeliz se ha casado con la hija de un relojero; pero el matrimonio no es dichoso.

El marido, harto de sufrir, escribe á su suegro:

—«Le envío á usted mi reloj y mi mujer para que los componga. Uno y otro adelantan demasiado.»

—Pedro encuentra á su amigo Juan en una casa.

—Pues hombre, ayer ví en la calle un señor tan parecido á ti, que me quedé esperando que me pidiera diez pesos prestados.

JOSEFA TERRA

CARLOS CASADO

La provincia de Santa Fé ha perdido á uno de sus hijos más laboriosos y progresistas, porque el señor Casado, aunque nacido en España y muy español, como que figuraba en la Asociación y en la Liga Patriótica Española en primer término, se había vinculado por afección á la provincia argentina á cuyos grandes progresos contribuyó durante cuarenta años consecutivos.

Fué iniciador y fundador de bancos, colonias, ferrocarriles, industrias, y el primero también que promovió la exportación directa á puertos europeos de las cosechas de aquella fértil provincia.

En Villa Casilda, la bella y pintoresca población que fundó en medio de sus extensas plantaciones de cereales, descansan sus restos, en cuya inhumación hicieron acto de presencia, con numeroso concurso de vecinos de la localidad y el Rosario, delegados de las sociedades españolas de Buenos Aires y de los centros sociales y mercantiles de Santa Fé.

Quien, como el señor Casado, en tan amplia medida ha cumplido con la madre patria y la patria de su adopción, es acreedor al homenaje discernido á los hombres buenos, y ese homenaje le ha sido rendido entre nosotros, haciendo justicia á sus méritos y á sus obras en las cuales perderá su nombre.

M. O.



¿CÓMO HACER AL HOMBRE MEJOR?

Fragments extractados y traducidos ad libitum, de un extenso artículo escrito en francés por Monsieur A. Mickiewicz

El que no se sienta con algún talento particular que cultivar, hará bien en dedicarse á cultivar la tierra.

Es deber del hombre conservarse siempre en los mejores términos posibles, en sus relaciones con el cielo y la tierra. Debe, pues, tomarse el trabajo de cultivar constantemente tales relaciones.

Para esto es necesario estudiar en la escuela de la Naturaleza, la más elevada de todas; y de la cual Dios es el fundador y el jefe.

Allí no se admite, en calidad de estudiante, sino después de haber obtenido el candidato su brevete de doctor en penas y trabajos. En cuanto á la corona del laureado, es más difícil obtenerla que la corona de un rey. Hay que presentarse al concurso con el cetro en la mano.

El Evangelio manda que cada uno haga valer su talento. ¡Dichosos los que no viven más que para cultivarlo!

¿Deseáis tal vida? ¿Os conformaréis con no ser grandes sino de espíritu, y á no ser ricos sino de corazón?

Tened, pues, el valor de permanecer pobre, y, si necesario fuere, célibe, y aún también solitario. Aprended á tomar vuestro alimento de pie; á libar, en calidad de lieores, la excelente agua fresca; y á saborear, con gusto exquisito, un pan negro.

Dejad para otros el placer costoso de tener una mansión opulenta; de festejar en ella á sus conocidos y amigos; y de tenerla llena de objetos curiosos, y de obras de arte. Vos podréis dispensaros de todo eso.

El hombre de genio da una fiesta á sus amigos, con el sólo hecho de permitirles que se acerquen á él. Quién, por sí propio, es capaz de crear obras maestras, no ha menester formar colecciones.

Cuando hacemos á un amigo los honores de nuestra casa, le damos en ricos manjares y vinos generosos, lo que nos falta de espíritu.

A menudo enpleamos nuestras rentas en papel pintado, en porcelanas y en tapices; en fin, en todo lo que embellece la propiedad, sin que ello redunde en placer ni provecho alguno para el propietario.

¿Por qué el hombre desea con tanto ahinco tener dinero con qué proporcionarse todas esas cosas?—Porque carece de ideas.

Que una sola idea le ilumine, y le verá huir a un sitio solitario, o encerrarse en un gabinete para allí gozar. Con su idea se sentirá más gran señor, que si poseyera un rico feudo.

El sitio que el genio frecuenta, y en el cual habita las más de las veces, es una mansarda o bohardilla. Desde ese puesto elevado es que puede combatir con suceso las grandes tentaciones.

Basta que algo nos falte, para que tengamos necesidad absoluta de ello. Basta que alguien tenga tal cosa, para que nos parezca indispensable tenerla también nosotros.

El medio más seguro de estar siempre bien, es tener pocas necesidades.

Una comida solitaria durante la cual estamos atentos a recoger toda buena inspiración, o cualquier pensamiento fecundo; una comida después de la cual nos sentimos, más que nunca, dispuestos a realizar lo que hemos sentido y pensado, es la comida de un héroe, de un Dios.

Cuán bello y grande es el espectáculo del hombre que sabe dominar con fuerza y serenidad las dificultades de su posición habitual, y los acontecimientos imprevistos!

Gastemos, sin embargo, pero que en nuestros gastos haya inteligencia, y aún magnanimidad. Mostrémosnos ricos, en nuestras empresas de utilidad pública, y pobres, en lo que concierne a nuestras necesidades personales.

Más ¿cómo poder hacer esto?—Con el trabajo y la economía.

El hombre que trabaja se basta a sí propio; y está, casi siempre, en capacidad de ayudar a otros. El aspecto del que da es, sin contradicción, más bello y grandioso que el del que pide.

La economía es un alto cargo. Es cuasi un sacerdocio.

Es así cómo un hombre pobre, laborioso y económico, llega a ser un hombre grande, elegante, y hasta admirable.

Ayúdate y Dios te ayudará. Característica de la sociedad actual es que ella no sabe ayudarse a sí misma. Todos quieren ayudarse y servirse de los demás, y en caso de necesidad de cualquier cosa.

Lo que más simboliza al ambicioso y egoísta es, que se sirve de todo el mundo, y no se toma el la molestia de servir a nadie; como así también que mientras más prospera, más teme perder su bienestar.

El malestar general que sufrimos, no es más que el llamamiento a una vida nueva, animada de una nueva idea.

Necesitamos una nueva idea social. Las condiciones actuales de nuestra vida íntima, las leyes que rigen la familia y la propiedad; todo, en fin, requiere reformas. Preciso es revisar el código, capítulo por capítulo.

Herederos del patrimonio común, estamos en el deber de reparar los menoscabos que sufre, de restaurar sus ruinas, en una palabra, de mejorar la moral y restablecer el culto de la verdad. Para ello debemos trabajar con valor y denuedo constantes.

Imitemos nuestra madre Naturaleza. Ella vela incesante sobre sus hijos, con amor siempre igual. Ella es infatigable, jamás se cansa.

Más ¿cómo podrá el hombre imitar a la Naturaleza?—Siendo verdadero como ella, que siempre es verdadera.

Hombre verdadero es el que se muestra tal cual es; así como hombre franco es el que se franquea del yugo de otros. Para ser franco se necesita vencer el mundo. Dejad que el mundo tenga razón contra vos, con tal que vos no tengáis sinrazón contra vuestra conciencia.

Cierto es que nada hay más peligroso en el mundo, que luchar contra el mundo. Sin embargo, podemos en todo caso invocar el socorro ¿de quién?—De nosotros mismos; esto es, el socorro del Dios que reside en cada uno de nosotros. Existe latente en el hombre sensible un fondo inagotable de fuerzas motrices, que surgen al reclamo de la verdad.

Y si, a pesar de todo, nuestra individualidad al fin sucumbe, víctima sacrificada al bien general; morirá coronada de flores, y su espíritu subirá como un perfume sagrado hasta el Santo de los Santos.

B. RIVODÓ



¡DULCINEA!

Del enfermo cerebro se desprende
Como esencia perdida. Nota blanda
Que besa el corazón y fugitiva
Del corazón se escapa.....

—«Amigo ilustre, comedido hidalgo,
Decidme, en grave y amistosa plática,
Si la hermosa visión de vuestros sueños
Es realidad ó fábula.»

—«Hay mucho que decir, ¡oh! noble Duque,
En lo que preguntáis. No se me alcanza
Si ella existe ó no existe. Me la finjo
Discreta, hermosa y sabia.»

A Dios no se le oculta, pues su mano
En un molde perfecto la forjara
Tan bella y principal, como ninguna
Griega, latina ó bárbara.....»

Yo la he visto también, cuando a la lira
Cansada de lo real se aferra el alma
Y llega el imposible de mis sueños
A coronar mis ansias;

Y cuando sus contornos intangibles
A mi abrazo quimérico se escapan,
La peña pobre de mi vida mojan
Mis lágrimas amargas.

Con Homero nació de las espumas,
En brazos de otro amor la vió el Petrarca,
Gimió con Tasso en calabozo obscuro,
Surgió mística y santa

Del alma del poeta fiorentino;
Y como sombra inmensa, prolongada
Sobre el eterno espíritu del hombre,
Vuela, saluda y pasa.

SANTIAGO GONZÁLEZ GUINAN

MISCELÁNEA

Algunos periódicos europeos discuten sobre la realidad de la muerte, deduciéndose de los notables trabajos que se publican, hablando fisiológicamente, que no existe ningún signo cierto que permita afirmar de manera indiscutible la realidad de la muerte. Existen criterios variados, unos más ingeniosos que otros, pero que no resisten a la crítica, como se demostraría al pasar en revista todos cuantos se han preconizado hasta hoy. Mientras no se haya iniciado la putrefacción, nadie puede afirmar que se encuentra ante un cadáver.

Existe un medio infalible y cómodo para oponerse a toda inhumación prematura, ya puesto en práctica en varios países, siendo entre todas la población de Munich a la cual corresponde el primer lugar en este terreno macabro.

Hace poco que se ha inaugurado con gran pompa en esa capital alemana un depósito mediante las subvenciones del Municipio, habiéndose instalado en el centro del cementerio, cuyo edificio mide 125 metros de longitud por 20 de profundidad, con dos alas en ángulo recto de 90 metros, en cuyo edificio pueden albergarse hasta que se inhumen 52 cadáveres a la vez; su ventilación y todos los detalles higiénicos se han estudiado de una manera admirable, realizándose por medio de una insuflación constante de aire frío.

A los dos ó tres días de hallarse expuestos los cadáveres, y cuando se inicia en ellos la descomposición póstuma, se celebran las exequias religiosas en una inmensa capilla, en la cual offician todos los clérigos de los diferentes cultos.

La idea, según los detalles que se han publicado, es excelente, y su implantación irá extendiéndose, indudablemente, por todas las naciones.

La industria de las construcciones navales en los Estados Unidos está en un período extraordinariamente intenso. El 1º de Enero de este año, había 262 buques en construcción ó encargados, que representaban un valor de 1.500 millones de dollars, los buques de comercio entran en esta cifra por 500 millones, y los buques de guerra por mil millones, sin contar el armamento.

Entre los encargos de las marinas de guerra figuran un acorazado y un crucero para Rusia y dos cruceros para el Japón.

Los astilleros marítimos de los Estados Unidos, que son más que suficientes para las necesidades del país, progresan cada vez más y hacen ya una temible competencia a los establecimientos similares europeos. Estos últimos quizás están tan bien surtidos, pero no pueden compararse en el costo con aquellos.

Un inglés aficionado a la estadística, después de una larga serie de cálculos, ha llegado a averiguar las dimensiones, costo, etc., de una casa que pudiera albergar en ella a todos los habitantes del mundo.

«La casa del mundo», así llama su inventor al colosal inmueble soñado por su fantasía, debería tener 12 kilómetros de largo y otros tantos de ancho y 300 metros de altura. Constaria de cien pisos, la franquearían 2800 escaleras y darian luz a los 1500 millones de cuartos 2270 millones de ventanas.

Todas las familias ocuparían un departamento de cinco piezas, correspondiendo a cada habitación un espacio equivalente a 20 metros cúbicos.

El largo de los corredores sería de 54 kilómetros.

Sin contar el precio del terreno, esta casa monstruo costaría construida en piedra labrada dos mil millones de dollars, y su mobiliario y menaje nueve mil millones.

La cifra de los alquileres se elevaría a la cantidad de mil millones por año.

JORGE BRENDA

GRATIS A LOS LECTORES DE ESTE PERIÓDICO á fin de vulgarizar sus magníficos RETRATOS AL CARBON

LA ASOCIACIÓN DE ARTISTAS PARISIENSES (La más grande institución de Francia, de reproducciones artísticas) hará á todos los que manden una fotografía, una hermosa ampliación al tamaño natural, hecha al carbón, "enteramente gratis", á condición de enviar cortado este anuncio dentro de "veinte días" á contar desde la fecha de este periódico, al Director Mr. SCHNEIDER, Director de la "Asociación de Artistas Parisienses" en su domicilio particular, 28, Rue de Moscou, París. (Francia). La fotografía será devuelta intacta con la ampliación. — (Escríbase el nombre al dorso de la fotografía).

¡CUIDADO, SEÑORA!

Vd. empieza á engrosar, y engrosar es envejecer. Tome pues, todas las mañanas en ayunas dos grajeas de **THYROIDINA BOUTY** y su talle se conservará esbelto ó volverá á serlo. — El frasco de 50 grajeas 10f. PARIS, Laboratorio, 1, Rue de Châteaudun. MEDICAMENTO CIENTO E INOFENSIVO EN ABSOLUTO. — Téngase cuidado de exigir: **Thyroidina Bouty** — Buenos-Aires: C. PERREL, Calle Cuyo, 645-647.

VENTA DE HACIENDAS

en general, Frutos y Productos del país, Campos, Terrenos, Fin-
cas, Muebles, Carruajes, Plantas y toda clase de mercaderías.

Instalaciones especiales para animales finos

F. P. BOLLINI & CIA.

160 BOLIVAR 160 — Buenos Aires

SUCURSAL EN LA PLATA

CASA DE REMATES, COMISIONES Y CONSIGNACIONES

Dirección Telefónica

"Martillo"

Unión Telefónica

Nº 557

Grandioso Hall con toda clase de comodidades

AVISOS VARIOS

DR. JUSTO CARLE—Enfermedades de la piel y vías urinarias.—Cerrito, 38, de 1 á 3.

DR. FRANCISCO COBOS—Director por concurso del Hospital San Roque.—Consultorio: Maipú, 276, de 1 á 4.

DR. EDUARDO OBEJERO—Enfermedades de ojos, nariz, garganta y oídos—Suipacha 574, de 1 á 4.

N. ODAHL, Doctor en Cirujía Dental: (Doc-
tor Dent. Surg) de la Universidad del
Estado de Nueva York; Cirujano Dentista de
las Facultades Médicas de Estocolmo y Buenos
Aires. Piedad 588, esquina Florida.

DR. J. COSTAU—Abogado—Avenida de Ma-
yo, 715, de 2 á 4.

DR. JENARO OSORIO—Moreno, 792, de
1 á 4.

B. MITRE Y VEDIA—Traductor Público y
comisionista.—S. Martín, 491. Unión Te-
lefónica núm. 197.

PEDRO CRUZ—Escribano—Pasaje Roverano.
Oficina núm. 1.

DOCTOR KOLBE—Profesor de la Facultad de
Medicina de Buenos Aires—Enfermedades
de señoras, niños y partos especialmente.—
Piedad 1086, de 2 á 4 p. m.—Domicilio: Cor-
rientes 2346.—Consultas: de 7 á 8 a. m. y de
12 á 2 p. m.—U. Telef. 14.229.

GRAN CASA DE REMATES y comisiones de
GUERRICO y WILLIAMS—Piedad 530—
Todos los lunes remates en su casa.

V. EVEN—Drogueria Veterinaria.—Calle
Maipú 280.—Embrocación Inglesa.—El
tesoro del Compositor para curar las manque-
ras y debilidad de los miembros.

A. BULLRICH y Cia.—Casa central: San Mar-
tín 254 y Florida 273.—Depósito: calle Al-
sina 482.

FRANCISCO CONSTELA y Hno.—Casa de re-
mates y comisiones.—Bolívar 120.—Los
jueves remate de muebles, artículos de bazar,
de fantasía etc.



ANTES DE COMER
Tómese el delicioso

APERITAL

LICOR

TÓNICO

HIGIENICO

Y APERITIVO

CUIDADO con las FALSIFI-
CACIONES y los PRODUCTOS
que llevan nombres parecidos á
la palabra APERITAL.

—o—
Exijir siempre la última fecha
del EMBOTELLAMIENTO sobre
el vidrio de la botella, los corchos,
las etiquetas el cajón etc., y á mas
el nombre A. DELOR & Cia.
de Burdeos.

ÚNICOS IMPORTADORES
FELIX SOULIÉ y C.

Canilla Correo 417

CALLE TUCUMAN 833 - BUENOS AIRES

Exposición Americana

220, FLORIDA, 220



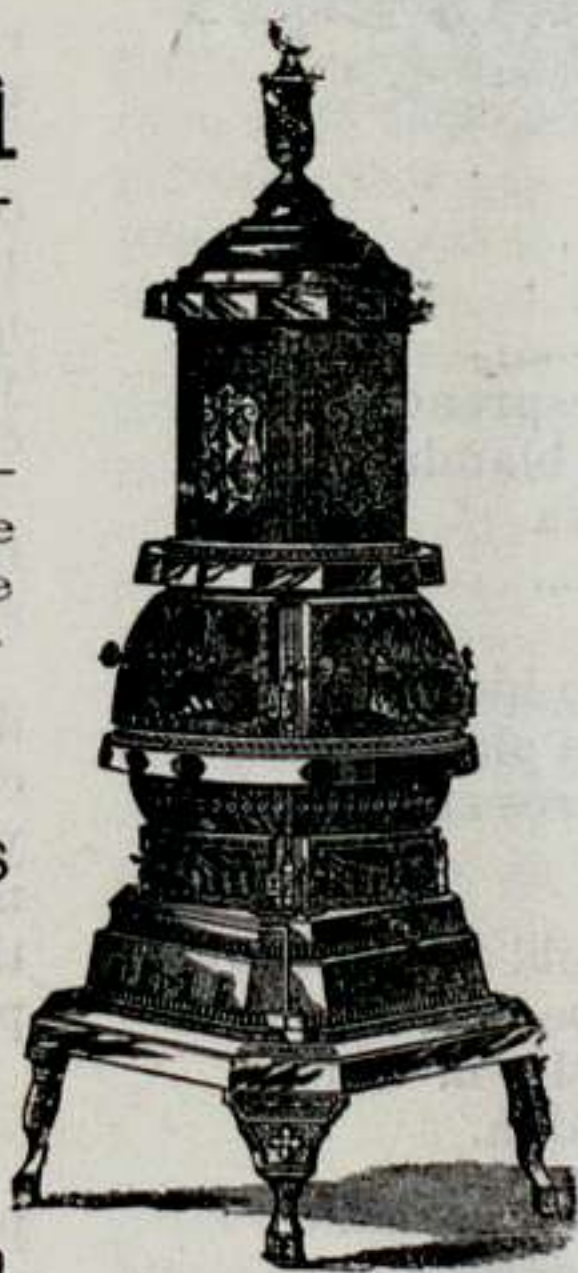
SÍRVANSE pasar á inspec-
cionar el enorme surtido de
ESTUFAS y CALORÍFEROS que
tenemos, ó sino pedir un ca-
tálogo ilustrado.

Cien modelos distintos de ESTUFAS
PARA CARBON, LEÑA, GAS ó KEROSENE

IMPORTADORES:

CASSELLS & Cia.

CALLE FLORIDA, 220



SAPOLIO

Está expresamente fabricado para
limpiar objetos de cocina, metales y
madera pintada.

ÚNICOS IMPORTADORES
JORGE BELL É HIJOS
651-CALLE DEFENSA-649
Buenos Aires



A LA CIUDAD DE LONDRES

TIENDA LA MAS VASTA Y MEJOR SURTIDA DE BUENOS AIRES—AVENIDA DE MAYO—CALLE PERÚ—CALLE VICTORIA
Primera casa en Buenos Aires habiendo establecido el sistema de vender todo de CONFIANZA y á PRECIO FIJO, lo que le ha valido un éxito sin igual hasta hoy
DEPARTAMENTO EL MEJOR * PRECIOS DESAFIANDO *

* SURTIDO DE BUENOS AIRES

* TODA COMPETENCIA

MENAGE EXPOSICION ESPECIAL DE ARTÍCULOS DE MENAGE

Fierros batidos, Fierros batidos enlozados, Fierros batidos estañados, Fierros colados, Hojalata, Cuchillería,
Canastería, Cepillería, Polvos, Pastas y aguas para limpiar metales, Lamparera, etc., etc. y todo lo que se puede necesitar en una casa de
familia, en la cocina y en el comedor, (artículos garantidos)

BAZAR, LOZAS,
PORCELANAS, CRISTALES

PRECIOS DESAFIANDO TODA COMPETENCIA

NOTA: Sigue la liquidación de todos los artículos de invierno con gran tes rebajas de precios.

LUZ INCANDESCENTE DE AUER

La Compañía Gas del Río de la Plata única concesionaria en la República Argentina de este sistema de alumbrado, avisa á sus consumidores que habiendo hecho registrar en la oficina nacional de patentes los contratos y patentes correspondientes y organizados los talleres necesarios para la fabricación de las mechas, se halla ya en situación de poder atender los pedidos que se le hicieren de lámparas y mechas, las cuales se alquilarán bajo las condiciones establecidas por el directorio cuyo reglamento y demás datos se pueden obtener en la administración de la compañía.

232, Maipú, 236

DISPONIBLE

B. NOEL & Cia.

FÁBRICA Á VAPOR

DE CONFITES, DULCES, PASTILLAS Y CAMELOS

Medalla de oro en la Exposición Continental 1882
" " " Mendoza 1885
" " " Paraná 1887

Surtido general para la campaña y provincias

Confites extras y dulces para familias

DEFENSA 993 esq. á Europa
BUENOS AIRES

NAVEGACIÓN Á VAPOR NICOLAS MIHANOVICH

VAPORES Y LANCHAS PARA TODOS LOS PUERTOS DE LA REPÚBLICA
Lujosos vapores postales y de pasajeros para la navegación de los ríos Paraná, Alto Paraná, Paraguay, Uruguay y Río de la Plata
VAPORES ESPECIALES PARA CARGA SOLAMENTE
REMOLCADORES PODEROSOS

para Remolque de buques de ultramar y cabotaje para cualquier punto de los ríos y costas
Servicio especial de remolcadores para los puertos de la capital y La Plata
Materiales de salvamento, chatas para el transporte de haciendas en pie, importación de carbón Cardiff, exportación de maderas del País

Administración: CALLE 25 DE MAYO esquina CANGALLO — Buenos Aires

— SUCURSALES —

Dársena Sud - Boca del Riachuelo - Puerto La Plata
y Rosario de Santa Fe

JABÓN de REUTER PARA EL CUTIS



Delicadeza y riqueza de perfume

son las cualidades más características del Jabón de REUTER, que en este particular deja á gran distancia á todos los otros jabones de tocador.

UNA VEZ QUE SE PRUEBE NADIE QUERRÁ CARECER DE ÉL

REAL HOLLANDS
LA REINA DE LAS GINEBRAS

UNICOS IMPORTADORES
W^m PAATS ROCHE & C^{ia} BAIRE

TIENDA SAN MIGUEL

— FUNDADA EN 1857 —

ELIAS ROMERO & Cía.

EXPOSICIÓN PERMANENTE DE ALFOMBRAS



Casa importadora de toda clase de alfombras y artículos generales de última novedad para tienda y tapicería. Novedades y surtidos por todos los correos de ultramar.

902

Calle PIEDAD

936

BUENOS AIRES

TE AGUILA

Schelp
&
Schelp

375-BALCARCE-377

BUENOS AIRES



